

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

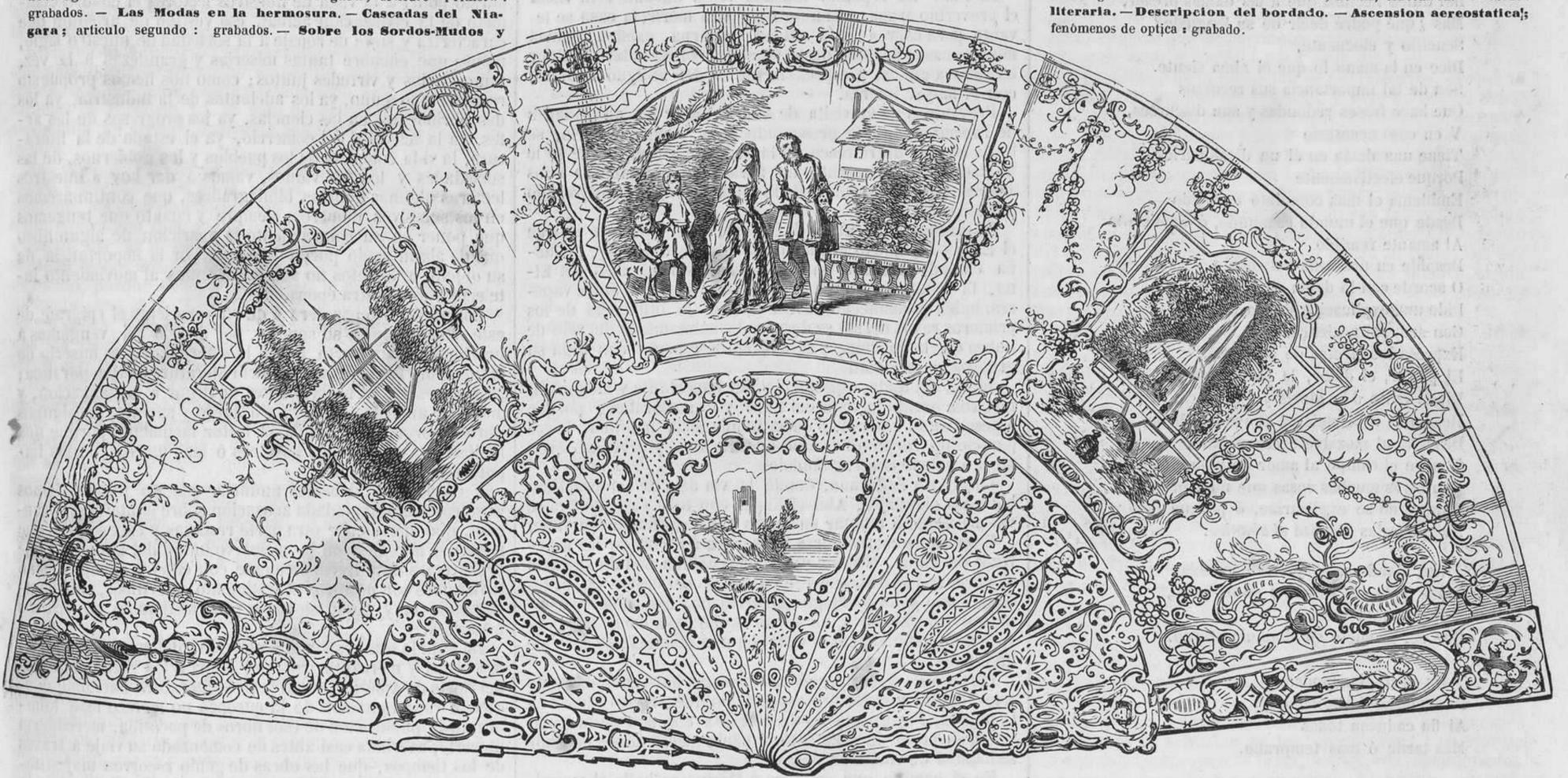
EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 12.—N. 5.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n. 10, en Paris.

El Abanico; poesia : grabado.—Viaje de Abd-el-Kader.—Boletín bibliografico.—Las Cascadas del Niágara; artículo primero : grabados.—Las Modas en la hermosura.—Cascadas del Niágara; artículo segundo : grabados.—Sobre los Sordos-Mudos y

los Ciegos.—Un arresto en las lagunas Pontinas.—La Presa del Nilo : grabados.—Luis de Glenvez; novela, conclusion.—Revista literaria.—Descripcion del bordado.—Ascension aerostatica; fenómenos de optica : grabado.



El Abanico.

Desde mi edad primera
Lo he dicho yo, y en mi opinion me planto,
Mírese la mujer como se quiera
Cuando no es un deleite es un encanto.

Luz de la vida y del amor destello,
Arrastrador iman de los placeres,
Si algo puede en el mundo haber mas bello
Que una sola mujer, son... dos mujeres.

Son sus hechizos tales,... tales,... tales...
Que al mármol sacarán de sus casillas,
Y á veces á las dotes naturales
Suele el arte agregar las maravillas
De su elegancia y gusto;
Si bien decir es justo
Que entre las gracias mil de que se adorna,
Doble atractivo á su beldad imprime
Un talisman, fascinador, sublime,

Que el alma agita y la razon trastorna
Y esta varita mágica que indico
Es, sin duda ninguna, *el abanico*.

Sí, lector, un tesoro
Es esta prenda en la mujer hermosa;
Y no sabré decir, porque lo ignoro,
De donde viene esta arma poderosa
Que el bello sexo esgrime,
Como dejo indicado,
Con cierto brio, encantador, sublime,
A cuyo golpe, á veces impensado,
Queda el hombre mas duro atortolado.

Yo que su uso frecuente
Solo en España he visto,
Lo creí, francamente,
De origen español, y aun hoy insisto
Pensando como antaño;
Porque si no me engaño,
Y apelo de cualquiera al testimonio,
El donaire, el gracejo,

Quiero decir, la gracia en el manejo,
De la raza española es patrimonio.

Otros que están con la verdad en guerra,
O á quienes otra tentacion domina,
Negándole esta gloria á nuestra tierra
Dicen que *el abanico* es de la China.

Otros... pero ¿quién tiene
Derecho de decir lo que no sabe,
Para que así su erudicion se alabe?
¿Y qué importa saber de donde viene
Lo que á la vista agrada? En todas partes
Halla cuna lo bueno ó, de otro modo,
El mundo todo es patria de las artes.
Esto á mi ver es todo
Lo que debe saberse en este punto,
Y no demos mas vueltas á este asunto;
Pues ya su origen tenga en el Toboso,
O en Rusia, ó en la China, ó en Tampico,
Convenir es forzoso
En que es precioso chisme *el abanico*.

El que de esta verdad pruebas exija,
(Y darlas puedo á cargas)
Para mí es cosa fija
Que no ha visto á la Nena ni á la Vargas,
Ni á la Pepita Cámara, en quien creo,
Con perdon de las sílfides manolas,
Ver cuando baila el *vito* ó el *jaleo*
El ampo de las sales españolas.
Mas no es en estas solas
(Ni puede mi pasión llegar á tanto)
El abanico hermoso
Privilegio exclusivo del encanto.
Al contrario, este mueble delicioso
Cuyo poder en manos de las bellas
Es mas que flecha un mágico ariete
Comun á todas ellas,
No reconoce clase ni copete.
Igualmente embelesa
En la aldea, en la villa ó en la corte
Ya acuda la artesana á su resorte
Ya toque á su registro la marquesa;
Pues bien considerado
Para estar bien nutrido ó pertrechado
De amantes proyectiles
Basta que caiga en manos femeniles.
Por esto mas su prepotencia acepto
Aunque penas añada á los placeres,
Y á mi ver, en mi juicio, en mi concepto,
Si vencer no pudieron las mujeres
Con ruegos y con llantos
En Roma los enojos de Alarico,
Fué, tal vez, que faltaba á sus encantos
El seductor imán del *abanico*.

Poco decir me resta
Rindiendo al abanico un homenaje
Del dulce hechizo que á las damas presta;
Mas ¿qué podré decir de su lenguaje?
Sencillo y elocuente,
Dice en la mano lo que el alma siente.
Son de tal importancia sus recursos
Que hace frases redondas y aun discursos,
Y en caso necesario
Tiene una dama en él un diccionario.
Porque efectivamente
Emblema el mas completo conocido
Desde que el mundo es mundo, ó displicente
Al amante rendido
Despide en una seña solamente,
O acorde con la dama que lo agita
Pide una explicacion dando una cita.
Con seductora ciencia
Expresa los afectos de su dama,
El placer, el dolor, la indiferencia.
Rinde culto á la gloria y á la fama;
Responde á la amistad grave y urbano,
Desdeña al mozalvete casquivano,
Y abre el campo al amor de polo á polo,
Con otras muchas cosas que no explico,
Porque no sé explicarme, ó porque solo
A explicarlas alcanza el *abanico*.

Así, donde su gracia es conocida
Tiene vida en verano y en invierno,
Y tiene tanta vida,
Que ser promete su dominio eterno.

En efecto, las modas,
De invierno ó de verano,
Al fin caducan todas
Mas tarde ó mas temprano.

A la modista importa
Los caprichos variar ántes con ántes
Y á la gente formal dejando absorta
Zurcen hoy una saya rabcorta
Y mañana un vestido con volantes.
Ya triunfan los mitones
Y ya vuelve la furia de los guantes.
Ya se llevan zapatos sin tacones
Ya botas ó botines
De diez mil colorines.
Se hartan los rizos hoy de bandolina,
Ayer el ferroñé prodigios hizo,
Y muy pronto verémos todo rizo
La mano maldecir que le acoquina
Debajo de una enorme papalina,
Porque guantes, mitones, muselinas,
Terciopelos, percales, papalinas,
Dibujos, colorines,
Sombreros, batas, botas y botines,
Y hasta el corsé que al talle se acomoda
Unas veces por grande, otras por chico,
Todo pierde su gracia con la moda;
Todo sucumbe... excepto el abanico.

DON EMILIO.

Viaje de Abd-el-Kader.

El Emir Abd-el-Kader ha llegado á Mesina, despues de una travesia de tres dias escasos.

S. M. el rey de las dos Sicilias habia dado órdenes para asegurar al huésped de la Francia la honrosa y digna recepcion que él merecia, y el Emir ha partido de Sicilia, tan lleno de gratitud por las muestras de simpatía, y las atenciones que ha recibido, comprendiendo que tambien eran debidas á la intervencion de la Francia, como lleno de admiracion, por el espectáculo de las ruinas de Taormina y la erupcion del Etna, que él ha tenido ocasion de contemplar. Bajo el imperio de las vivas emociones que lo agitaban al aspecto de los grandes fenómenos que la naturaleza ofrecia á sus miradas, el Emir ha encargado muchas veces al cónsul de Francia, M. Boulava, que hiciese presente al Emperador la expresion de su gratitud profunda, y su respetuoso reconocimiento á los beneficios que le debia, y por los cuales, conservaria hácia él una adhesion absoluta y constante: «Yo y mis hijos, ha repetido muchas veces, somos y pertenecemos para siempre al Emperador.»

El 25 de diciembre, á las nueve de la mañana, el Emir seguido de sus tres hijos, y de un numeroso acompañamiento, ha salido de Mesina en direccion de Taormina, donde se ven mezclados con ruinas griegas y romanas, numerosos vestigios de la dominacion musulmana. Desde allí se ha dirigido al Etna para ver el nuevo cráter, que abierto hace cerca de tres meses, se encuentra todavia en completa actividad. Un piquete de caballeria ha escoltado constantemente su carruaje, durante este pequeño viaje, honor al cual se ha mostrado muy reconocido.

El Emir ha llegado á Taormina hácia las dos de la tarde. La vista de los numerosos sepulcros sarracenos, sepulcros que se distinguen perfectamente, por su fama y su estructura, mezclados á los sepulcros griegos y romanos, en la vasta necrópolis antigua que se atraviesa ántes de llegar á la ciudad moderna, ha producido, al parecer, en su ánimo una viva y religiosa impresion. No le han ocupado tanto las ruinas griegas y romanas.

El Emir ha repetido muchas veces durante esta visita el proverbio árabe: «El niño nace para morir; la casa se levanta para caer.» En la ciudad moderna existen todavia muchas casas árabes, perfectamente conservadas; el Emir ha visto algunas, y especialmente la del antiguo kalifato, con el mayor interés.

Prevenidas de la visita de Abd-el-Kader las autoridades de Taormina, se han presentado para complimentarlo; se le ha servido un refresco, y la brillante serenata que se le ha dado en el entretanto ha agradado sobremanera á los árabes. Las aclamaciones de la multitud lo han acompañado por todas partes.

Al dia siguiente, 26 de diciembre, en el momento en que el Emir y los que lo acompañaban llegaban á Iassy, pequeña ciudad, situada en las primeras pendientes del Etna, la montaña, que hasta entónces, envuelta entre vapores, habia permanecido invisible, bajo la influencia de los primeros rayos del sol se desprendió súbitamente del velo de nubes que la cubrian, y se mostró de repente con toda su grandeza y majestad.

Jamás sin duda, espectáculo tan importante y magnífico, no habia herido la vista del Emir y de sus árabes; porque á pesar de su reserva, ó quizá indiferencia habitual, todos parecieron sorprendidos de admiracion, y permanecieron mucho tiempo contemplándolo.

Llegado á Zaffarana, donde la via deja de ser practicable á los carruajes, Abd-el-Kader con toda su comitiva se vió precisado á montar en mulos para continuar su viaje.

Despues de cuatro horas de marcha á través de las asperzas del Etna, el Emir y los que habian podido seguirlo se encontraron súbitamente en frente del cráter en erupcion, vasto golfo de fuego que arrojaba, con ruido y detonaciones formidables, un ancho rio de lava encendida, cuyo curso podia seguir la vista en una distancia de mas de una legua.

Despues de haber pasado mas de una hora contemplando este terrible y magnífico espectáculo, fué preciso pensar en la bajada. Favorecida por la hermosa claridad de la luna, se verificó esta sin accidente, y hácia media noche el Emir se hallaba de vuelta en Iassy.

En el camino que conduce á Mesina se halla el magnífico convento de San Plácido, de la orden de San Benito. Sabedores de la visita del Emir, los padres benedictinos habian preparado una recepcion, que conmovió sensiblemente su ánimo.

Abd-el-Kader conversó largo tiempo y muy afectuosamente con ellos, y recorrió con los Padres todo el convento. Despues de haberle ofrecido algun refresco, lo acompañaron hasta el carruaje, que habia quedado á alguna distancia en el camino.

A las ocho de la noche el Emir entraba en Mesina. Al dia siguiente, 28 de diciembre, el cónsul recibió dos cartas suyas en árabe, escritas de su puño: la primera dirigida al cónsul, la segunda al caballero Pettini, capitán de armas de Mesina, que ha acompañado al Emir en su excursion, y cuya presencia le ha sido sumamente agradable. Esta carta se halla concebida en los términos siguientes: «¡Alabanza á Dios único!

Al noble, al distinguido caballero Pettini, capitán de armas de la isla de Sicilia, salud.

«Tengo el honor de daros gracias por la recepcion que me ha sido hecha, y por las consideraciones que me han sido prodigadas. Por todas partes hemos encontrado en vuestro país vestigios de los pueblos diversos que han habitado sucesivamente vuestra isla, y una vez mas nos hemos convencido que Dios es señor del mundo, y dá su posesion á quien le place. Hemos admirado la montaña de fuego, una de las mayores maravillas de la tierra; y cuando

hemos llegado á sus colinas, hemos contemplado el país felizmente poblado y bien cultivado que ha hecho decir á un poeta árabe, á propósito de la Sicilia, al tiempo de ser evacuada por los sarracenos:

«De las alturas del Etna, ó campañas de la Sicilia, vues-
» tro recuerdo causa mi desesperacion! Si las lágrimas no
» fueran tan amargas, creeria yo que mi llanto forma los
» rios de esta afortunada isla. Solo un hijo del paraíso po-
» dria contar las maravillas ¹ de la Sicilia.

«De la prosperidad de la isla hemos deducido la sabiduría de su gobierno; hemos rendido homenaje al generoso sultán Napoleon III, que ha sido la causa primera de la vista de tantas maravillas, y hemos dado gracias á Dios por la proteccion incesante que nos concede.

» Salud de Abd-el-Kader-Mahi-ed-din.

» A mitad de Rabe-el-Ronel 1269 (28 de diciembre de 1852).»

Posteriormente hemos sabido que la fragata de vapor el *Labrador* que lleva á Abd-el-Kader, las personas de su familia y su comitiva, habia llegado procedente de Mesina á Syra, estacion postal, como saben nuestros lectores, ara los buques que van desde Francia á Constantinopla. El Emir debia descansar en aquella ciudad, y esperar el firman que lo autorizara á pasar á Constantinopla. Así ha sucedido. Acabamos de saber que el capitán del buque habia recibido á M. de Lavalette, embajador de Francia en Constantinopla la noticia de haber obtenido para el *Labrador* la libre entrada de los Dardanelos, y para el Emir una audiencia del Sultán. El capitán del *Labrador* esperaba poder partir inmediatamente para Constantinopla, donde se encuentra ya con Abd-el-Kader y su comitiva á estas fechas.

J. P.

Boletín bibliográfico.

Como nos hemos propuesto hacer de nuestro semanario un periódico semi-universal, semi-enciclopédico, hasta donde lo permita su naturaleza, su objeto y extension; un periódico que alterne lo grave con lo jocoso, lo profundo con lo superficial, lo útil con lo agradable; como nos hemos propuesto poner á la vista de nuestros lectores el cuadro completo de la civilizacion actual, ese vestido de arlequin que caracteriza y sirve de ropaje á la sociedad de nuestro siglo, tanto vicios y virtudes juntos; como nos hemos propuesto recorrer uno á uno, ya los adelantos de la industria, ya los descubrimientos en las ciencias, ya los progresos de las artes, ya la actividad del comercio, ya el estado de la literatura, la vida completa de los pueblos y los gobiernos, de las sociedades y los individuos, vamos á dar hoy á nuestros lectores algunas noticias bibliográficas, que continuaremos en los sucesivos números, siempre y cuanto que tengamos que poner en su conocimiento la aparicion de algun libro que de algun modo pueda interesar por la importancia de su objeto, á cuantos no son indiferentes al movimiento intelectual de nuestra época.

Contradictorio parecerá á quien haya leído el epigrafe de este artículo, que á su sombra, por decirlo así, vengamos á proclamar hasta cierto punto la esterilidad y la miseria de la literatura actual francesa, de la literatura contemporánea; pero necesario es hacerlo ántes de llegar á la indicacion, y acaso al análisis, siquiera sea ligero y sucinto, de algunos libros, porque comprenda el lector fácilmente porque nos limitamos á ellos, faltos de otros ó mas nuevos, ó mas importantes.

Y desde luego debemos anunciar que no fulminariamos nosotros tan desapiadada acusacion sobre la literatura francesa, que merece por otra parte reservas y excepciones que nosotros hacemos con la mejor voluntad del mundo, y que probarémos muy frecuentemente con citas y ejemplos, sino tuvieramos con nosotros el testimonio de criticos, sino competentes, muy desapasionados; el testimonio de criticos franceses.

Hé aquí lo que responde á uno que califica la sociedad democrática y mercantil, como él llama á los Estados Unidos del Norte de América, como falta de literatura nacional, porque su vana imitacion de la europea no merece este nombre, ni la publicacion de esos libros de pacotilla, mercadería literaria, averiada casi ántes de comenzado su viaje á través de los tiempos, que las obras de genio recorren majestuosamente, verdaderos judíos errantes, destinados á vivir lo que los hombres, hé aquí lo que responde, decimos, un crítico francés, hablando de su propia literatura:

«Este estado incoherente, y estérilmente fecundo de la literatura americana, nos viene con frecuencia á la memoria, cada vez que nos ocupamos de la literatura francesa. Nosotros hemos visto entre las dos tristes analogías, y una diferencia mas triste todavia, porque si las dos carecen de originalidad real, de fuerza colectiva, de conciencia, sobre todo, y por consiguiente de profundidad, la literatura americana tiene al ménos á su favor el movimiento de un pensamiento jóven é inflamado, mientras que la literatura francesa no tiene mas que la languidez de un pensamiento que ni siquiera se estudia, ni aun se comprende á sí mismo.» ¡Y que se sepa bien, exclama el crítico, que no hay exageracion ninguna en esto! Si hay exageracion, ¡que se nos confunda citando nombres y libros! seguramente no se hará tal cosa, porque es imposible. Todo el que tiene un nombre en esta mitad del siglo XIX, lo tiene hace quince años, y vive á beneficio de su pasado. Pero lo que se busca y lo que se desea, lo que es necesario para que la literatura de un pueblo se sostenga, para que su nivel intelectual no baje, es la continuidad en el esfuerzo, la sucesion en las obras, los nombres nuevos, nombres jóvenes, de

¹ Como recuerda este pasaje el último suspiro del Moro, y la hermosa poesia del señor Zorrilla: *Al último rey Moro de Granada, Boaddil el chico!*

» auspicios favorables, para reemplazar los nombres que se apagan, los talentos que se fatigan. Así, los pocos libros que se publican pertenecen á hombres que tienen sobre su cabeza una celebridad de quince ó veinte años. »

Hé aquí, por ejemplo, lo que se llama un crítico mal humorado, un crítico saturnino, un crítico que si tal vez tiene razón, acaso en los términos lo exagera, ó la presenta con colores demasiado vivos. Nosotros somos los primeros en reconocer que no tiene la literatura contemporánea francesa de que envanecerse de algun tiempo á esta parte, y únicamente porque no se nos tachara de parciales, hemos citado al crítico francés que publica sus artículos en uno de los diarios mas conocidos en Francia, *Le Pays*, pero nosotros tememos tambien que la critica, y acaso el público es cada dia mas exigente. Muy léjos están los tiempos en que un libro, una batalla, un suceso político, un cometa que aparecía, la explosion de un volcan, una peste, un terremoto, servía de parto á las conversaciones, de alimento á la critica, de objeto de especulacion á los espíritus, ó de comentario á los eruditos; ahora, el público, al revés de la esfinge antigua, necesita que le propongan incesantemente enigmas que adivinar, ó como ella, si se quiere, necesita quien descifre sus misteriosos arcanos; y como si no hubiera Edipos, devora cuanto se le pone delante, hombres, instituciones, trabas, barreras, distancias, espacios, pueblos, civilizaciones, todo pasa ante él en sucesiva corriente, sin que nada baste á su ambicion, sin que nada satisfaga su devorante apetito, sin que nada apague su sed hidrópica.

Así, el teatro del mundo tiene mas mutaciones que la mas movible comedia de magia que se vió jamás en los teatros. La memoria del hombre no es poderosa á conservar el recuerdo de cuanto pasa ante sus ojos, la imaginacion se pierde, al contemplar lo presente, en el dédalo cada vez mas oscuro del porvenir. Los tronos caen al menor soplo del viento, las constituciones pasan con la rapidez del relámpago, las nacionalidades se levantan ó descomponen como por ensalmo; los pueblos cambian de señores, ó jefes, como los hombres de traje; y estos van con los sucesos, como las arenas del mar levantadas por un torbellino; ayer, en el pedestal, ídolos perdidos entre el humo del incienso, mañana, entre el lodo del destierro, sin que siquiera una mano amiga los ayude á levantarse, sin una voz justiciera que los vengue de la ingratitud de sus aduladores.

Considerando todo esto, examinando el espíritu del tiempo, contemplando esta inquietud devorante, esta actividad inagotable que distingue y caracteriza el siglo XIX, no nos cansaremos de repetirlo, ya no será de extrañar la exigencia desmedida del crítico, intérprete acaso del público que se la inspira.

Así, si M. Lerminier publica un libro sobre las constituciones y las libertades de la Grecia, « libro pensado, dice, meditado, casi un descubrimiento histórico, » si el crítico se irrita contra sus cólegas, porque no han dicho su opinion sobre él; así, si M. de Rémusat publica el *San Anselmo*, y sobre él ofrece decir lo que piensa, todo esto no basta á su ambicion, porque cualquiera que sea la energia intelectual de uno y otro, M. de Lerminier y M. de Rémusat pertenecen á otra época, á un movimiento de ideas de otros tiempos, á una faz filosófica y literaria que se debe considerar como cerrada, y la cual no se ve instituida por otra nueva.

De esta manera, á nuestro crítico, á la humanidad quizá, por mejor decir, no le bastan ni aun cosas nuevas, se necesitan tambien hombres y nombres nuevos; el tiempo se mide distintamente que antes; una vida era poca cosa para lo que se llamaba la época, que por lo menos devoraba tres generaciones; así, el siglo de Carlos V, de Luis XIV, de Voltaire, por no citar otros; ahora es al revés, el hombre sobrevive al tiempo, su actividad intelectual se apaga, y la vida física, calificada antes de breve, tiene comparativamente con la del espíritu algo que remeda la eternidad. M. Lerminier y M. Rémusat han publicado dos libros buenos, y dos libros nuevos; enhorabuena, pero sus nombres conocidos; su celebridad está ya consagrada, y el público necesita lo desconocido, y se impacienta y se irrita de no ver ocupada la escena por los que deben ya venir, antes que de ella salgan los que han estado en posesion durante algunos años.

Trasladando esta impaciencia de la critica literaria á otro terreno, no hallaría el lector la explicacion de las mutaciones políticas que se suceden con tanta rapidez en este pueblo, que no se sabe á punto fijo como llamar; ayer República, hoy Imperio, mañana tal vez otra cosa; y qué ha hecho decir á uno de sus hombres, que la historia de Roma no ha tenido en siglos tantas mudanzas como la Francia en el espacio de sesenta años!

M. Saint Marc Girardin ha publicado un volumen titulado: *Recuerdos de estudios y viajes « Souvenirs d'études et de voyages »* y como es natural, gracias á su reputacion consolidada, no sale mejor librado, ni con mucho, que los anteriores, porque aquí no solo es el nombre por conocido, lo que disgusta, sino el libro, porque lo es mas que lo preciso, para poderle llamar nuevo, cuando se puede recordar que en los *Debats*, ó en la *Revue de deux Mondes*, se ha publicado algo de análogo por el autor en época algo distante de la actual.

Y sin embargo, sin que el libro merezca la calificacion de original, sin que se le dé una importancia de primer orden, importancia que ni el mismo autor quizá le atribuye, ni pretende, nosotros podemos decir á nuestros lectores, que si les *Souvenirs* caen en sus manos, no quedarán descontentos con su lectura, que es á la vez instructiva y agradable. Y queriendo salir un poco del terreno desesperado de nuestro crítico en cuestion, deseando dar apoyo á nuestro dictamen, vamos á hacer hablar á otro, si no mas justo, á lo menos mas indulgente.

Al recopilar sus *Recuerdos*, Saint Marc Girardin, dice, no solamente hace una cosa agradable para el público, sino que al mismo tiempo cumple un acto de fidelidad. ¿Porqué no

lo diríamos con franqueza? En este libro dirigido á los lectores de 1852, se encontrará el hombre de 1828 y 1830. Esto se comprende, un hombre de 1830 es un partidario de la libertad moderada, de la filosofía sin libertinaje, de la religion sin fanatismo y sin hipocresía, un amigo de todas las cosas generosas. En fin, para decirlo de una vez, un espíritu liberal. Si, como hombre liberal y filósofo ha visitado Saint Marc Girardin la Europa, juzgado los hombres, los lugares, las instituciones. Sea que baje á los infiernos de Virgilio, con la Eneida en la mano; sea que vaya á Munich á hablar de metafísica con Schelling, de misticismo con Baader y Goerres, de estatuaría con Cornelius; sea que recorra el Danubio desde Viena á Galatz, para estudiar sobre el terreno la cuestion de Oriente y observar los principados, que son el nudo de ella, por todas partes, se complace en recoger los rastros de las ideas francesas de 89, que traspasan á través de todos los obstáculos en los libros de nuestros grandes escritores, mejor aun que en las conquistas de nuestros soldados.

Lo mas estimable de M. Saint Marc Girardin, consiste en ser uno de los pocos hombres de espíritu que haya conservado una fé, la fé que él guarda en su corazón, única que no lo abandona, la fé moral que sabe comunicar á sus lectores, y que los libra de caer en la indiferencia. De ahí ese calor dulce y penetrante que viene á animar su razon y á refrescarla; de ahí, el carácter de hombre honrado cuyo sello llevan todas las páginas de su libro. »

Nuestros lectores ven, que al ménos aquí, la critica no está descontenta de esta publicacion, y nosotros nos colocamos gustosos á su lado, confiando en que no ha de venir á desmentirnos el sufragio de los que lean el libro de que nos hemos ocupado. Para concluir debemos advertir á nuestros lectores que solo se trata hoy de la literatura propiamente dicha, porque en otro terreno tendríamos ocasion de dar sucesivamente noticia de producciones muy estimables é importantes.

J. P.

Las Cascadas del Niágara.

ARTÍCULO PRIMERO.

A despecho nuestro debemos confesar que la América del Norte es muy poco conocida en Francia, porque hace pocos años que un escritor de talento y con mas reputacion que saber, pudo decir impunemente, en el *folletin* de un periódico muy principal, que Nueva York era la capital de la Luisiana. En efecto, con respecto al Nuevo Mundo, hay todavía muchos entre nosotros que no saben mas que lo que leyeron en la Atala y en los Natchez; algunos sabiendo que habíamos subido por el *Meschacébé* nos han pedido noticias de aquellos, creyendo que la ciudad que lleva este nombre estaba aun poblada por los indios imaginarios del señor de Chateaubriand, y los hemos dirigido al *Ultimo de los Mohicanos* y al *Censo de los Estados Unidos*, publicado el año pasado por el Congreso. Pero existe un punto de sumo interés y de una curiosidad perpetua, acerca del cual los curiosos no adelantarian nada aunque consultasen las estadísticas. Entendemos hablar de las famosas cascadas del Niágara, cuya mucha celebridad jamás igualará á sus maravillas; y pues las vicisitudes de la vida nos han permitido pasar un mes á la vista portentosa de aquel espectáculo realmente prodigioso, y le hemos estudiado, en todos sus pormenores mas mínimos, con el pincel en la mano; elegiremos, entre el caudal que nos han proporcionado nuestras peregrinaciones en el Nuevo Mundo, las apuntes y los dibujos que se refieren á las Cascadas. Si la descripcion que presentamos es muy inferior á la realidad, por lo ménos podemos responder de su mérito en cuanto á la exactitud escrupulosa de los dibujos, copiados del natural, y de las impresiones, escritas sin el reflejo de los recuerdos que no siempre son fieles.

Útil es recordar á los que lo saben y enseñarlo á los que lo ignoran, que el Norte del continente americano encierra inmensos depósitos de aguas potables, que se llaman por tradicion lagos, no obstante que por su extension, ciertamente mas vasta que muchos mares de Europa, merecieran en realidad ser considerados como océanos¹. Hay en ellos huracanes terribles, fondos sin fin, los surcan barcos de vela y de vapor, y en sus olas, algunos pueblos procedentes de Europa, se han disputado la supremacia, como sucede en los demás mares del globo.

Los principales de estos depósitos inmensos son los lagos Superior, Michigan, Hiron, Santa Clara, Eria y Ontario, todos unidos por una corriente de agua, por lo que los geógrafos han opinado que todos son un mismo rio; el San Lorenzo, que tiene su origen en las Montañas Pedregosas, desaguando en el Océano-Atlántico, despues de haber atravesado una extension de mas de ochocientas leguas. La corriente del San Lorenzo, que alimenta el lago de Eria y cede el exceso de sus aguas al Ontario, se conoce generalmente con el nombre de Niágara, nombre indio cuyo verdadero significado nadie ha sabido explicar hasta ahora. Este rio, que se desploma entero en una sima de mas de ciento y cincuenta piés, forma las célebres cataratas á las cuales no son comparables ningunas otras del mundo.

El curso del Niágara, desde el lago Eria hasta las vertientes, no es mas que de veintidos millas, con un declive de solo diez y seis piés, y produce una corriente movida que permite en todas partes la navegacion. Pero á una milla de distancia de las cascadas su desnivel es repentino. La llanura de agua cede en toda su extension á un desnivel inferior, y corre sin romperse á una superficie lisa hácia una barrera que de léjos engaña la vista con una faja blan-

¹ La superficie de cinco grandes lagos, que desagan en el Niágara, está calculada en sesenta mil leguas cuadradas.

quecina. Desde aquel punto el curso plácido y majestuoso cambia completamente de carácter. Precipitado en un caos de peñascos, rocas y bancos de arena, rugie, chilla, hierve, se desploma en torrentes, se convierte en remolinos, se estrellada y se transforma en una lluvia de espuma, continuando su carrera en una lucha sin tregua hasta los bordes del abismo en que se hunde y desaparece, habiendo bajado cincuenta y ocho piés en ménos de una milla. Nada es mas pasmoso y tumultuoso que aquel infierno de aguas, que se llaman *las Rápidas*. Las tempestades del Océano, mas grandiosas en su desenvolvimiento, no tienen este carácter furioso y desesperado; los rugidos profundos del mar no estremecen los vientos con mil chillidos distintos é imponentes, y sus olas desenvueltas en su vasta extension, no presentan á la vista las convulsiones del rio luchando impetuoso contra sus márgenes, sin dejar un momento de silencio ni descanso.

Sin embargo, en medio de tanta confusion, campo bullicioso de batalla de la tierra y el agua, se adelanta un cabo, llamado la punta de la isla de Iris, ó de la Cabra. Al pié de este promontorio, sacudido y lamido sin cesar por el impetu de las corrientes, que arrastran sus pedazos, se divide el rio en dos partes desiguales, la mas caudalosa de las cuales se ensancha y sigue la curva de la orilla del Canadá, y va á precipitarse de nuevo en la gran cascada, visitando á su paso tres islotes llamados los *Tres Hermanos*.

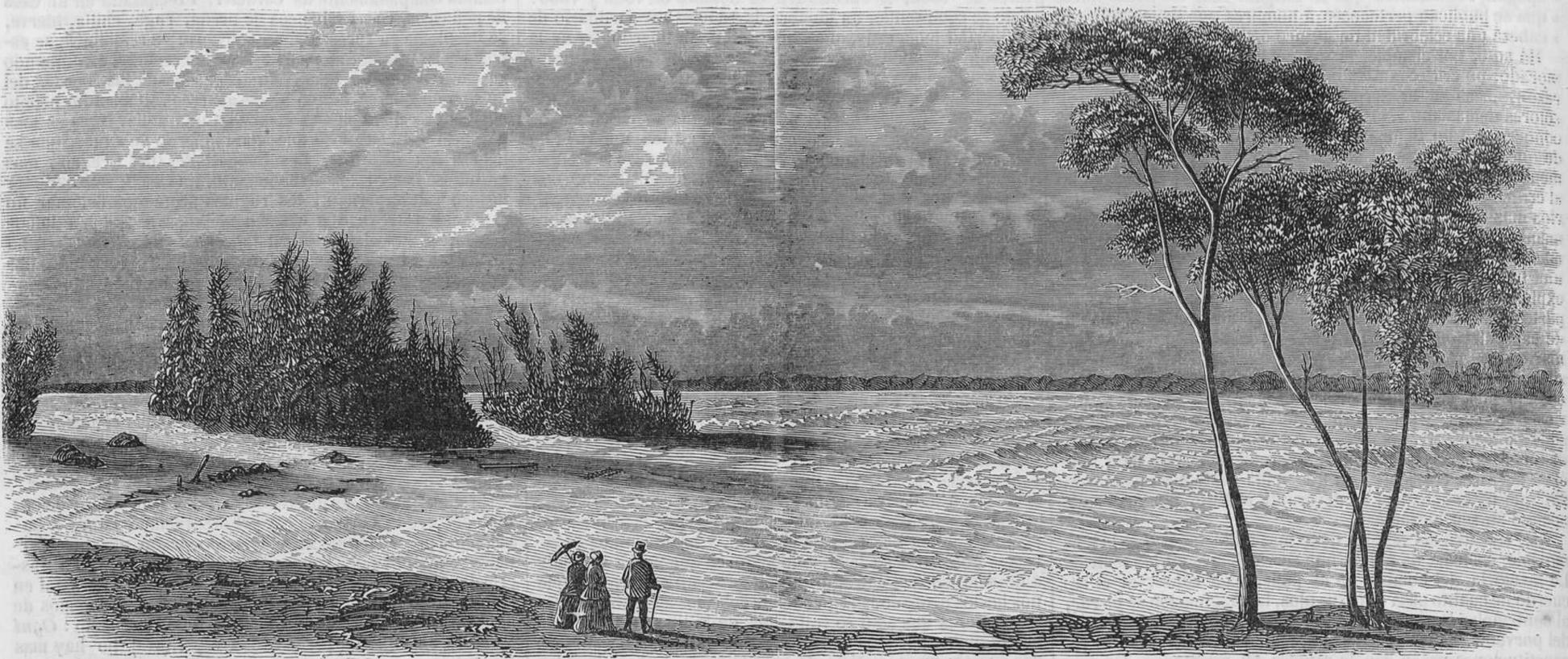
En aquel punto desaparece toda esperanza de salvacion, todo socorro es imposible para el desgraciado buque ó imprudente pescador que haya sido arrastrado por los infernales remolinos que jamás abandonan su presa. La inscripcion fúnebre del Dante no es mas verdadera y fatal en las puertas de su infierno, que en los limites extremos de aquellas breñas, pasados los cuales todo está dicho: *Ogni lasciate speranza* (perded toda esperanza) no hay mas que morir.

No copiarémos la lista fúnebre de las desgracias ocurridas en aquella arena de muerte, pero dirémos la mas remota que recuerda la tradicion.

Hace cerca de un siglo atravesó el rio un indio con su mujer en una canoa de corteza de árbol, á la altura de Chippeva, para cambiar algunas pieles por una botella de whisky. A su vuelta se acercó demasiado á las cascadas, y pronto conoció que las corrientes arrastraban la barquilla: luchó con valor y energia para salir del peligro, mas se convenció luego de la inutilidad de sus esfuerzos, de que su cascador era juguete de las olas, y dejó de bogar, deponiendo friamente su remo para coger la botella, que se aplicó á los labios, abandonándose á su suerte. Su pobre mujer, ménos resignada, tomó á su turno el remo, desplegó toda su habilidad y fuerzas en una lucha inútil y desigual, pues todos sus esfuerzos sirvieron para poner el bote en equilibrio: viósele así correr ondulando con la rapidez de una centella el espacio que les separaba de la muerte, y al borde del abismo la indiana animosa aun movía su remo con desesperacion; pero su marido puesto en pié é inmóvil, media con semblante de desprecio la profundidad de la sima en que desaparecieron los dos pocos instantes despues.

Las rápidas pequeñas que separan la isla de Iris, de la costa Americana, aunque mas agitadas en su madre estrecha, comprimida, y llena de obstáculos, dejan alguna esperanza de salvacion al naufrago, así por los islotes de que están sembradas, como por el puente que las atraviesa, que es de madera, de una construccion desigual, pero sólido á pesar del empuje que experimenta de las olas, pues está asentado en rocas forradas de troncos robustos: pasan por él sin riesgo ni confusion los coches, carros, y caballos, y no es por cierto el espectáculo ménos digno de admiracion de los muchos que ofrece el Niágara.

Un dia del otoño de 1850, los que paseaban agolpados en el pretil del puente para admirar la turbulencia extraordinaria de las aguas que se estrellaban y rompian en los machones, salieron de su contemplacion á consecuencia de unos gritos lejanos que se oían en la orilla al comenzar las corrientes. Pronto percibieron una canoa con dos hombres, cuya vela desplegada, parecia luchar contra aquellas. La incertidumbre de las maniobras que se observaban, denunciaban los esfuerzos de la tripulacion; pero los espectadores de esta escena interesante y dolorosa podian esperar todavía la salvacion de los imprudentes pescadores, cuando de repente cesó la brisa, y quedaron abandonados á sus remos, á sus fuerzas y habilidad. El peligro era eminente: no se atrevieron á dejar los remos, para recoger la vela que no les servía sino de estorbo, y redoblaron su energia desesperada. En tal conflicto se rompió un remo con el impulso sobrehumano del que lo tenia, giró la barca sobre sí misma; la vela sacudió al mismo tiempo en el palo, que se plegó, y los dos desdichados se yieron bajar hácia las corrientes. En el mismo instante un grito unánime se oyó en los espectadores del puente y de ambas orillas. ¡Un bote en las corrientes! En un abrir de ojos todas las calles del pueblo se inundaron de gente que corría en la direccion del rio, y el puente se llenó de una muchedumbre compacta. La canoa habia pasado la primera linea de escollos, y fué á embestir contra una roca medio cubierta por las olas, y con el choque se rompió el palo, llevándose la corriente la vela, que el aturdimiento de los pescadores no permitió recoger. Véanse aquellos infelices dar muestras de su desesperacion, alargando los brazos hácia la orilla, y con sus gestos y ademanes descompuestos, probaban su desconcierto. La barquilla se habia estrellado diez veces consecutivas en los escollos, ó desaparecido en los remolinos, saliendo otras tantas sobre las aguas impulsada por una fuerza irresistible. Iba, no obstante, acercándose al puente, y mil gritos y pareceres contradictorios que se emitian al mismo tiempo, impedían á los naufragos comprender nada, excepto el horror de su posicion; mas pudieran observar la alterada multitud de curiosos que coronaba el pretil del puente, y pareció que recordaban al fin, que aquel



El Niágara. — Vista de las grandes corrientes, tomada desde la isla de Iris.

era el último punto de su esperanza. Los dos se esforzaron para sostenerse de pié en cuanto lo permitían los sacudimientos terribles que experimentaba la canoa, disponiéndose para el lance extremo. Reinaba en aquel momento terrible un profundo silencio, las respiraciones estaban detenidas, y todos los brazos tendidos hacia los desventurados, para quienes corría un minuto de vida ó muerte. La barquilla impelida por una ola, saltó un banco de escollos, giró sobre sí misma varias veces, y se hundió en un torbellino, que la arrojó al fin contra los maderos del puente, bajo el cual desapareció. Un mismo impulso hizo pasar los espectadores al otro pretil. La canoa vacía y volcada corría hacia la catarata, y cerca de ella se veía un hombre bregando contra las olas, sin esperanza é inútilmente; el otro con-

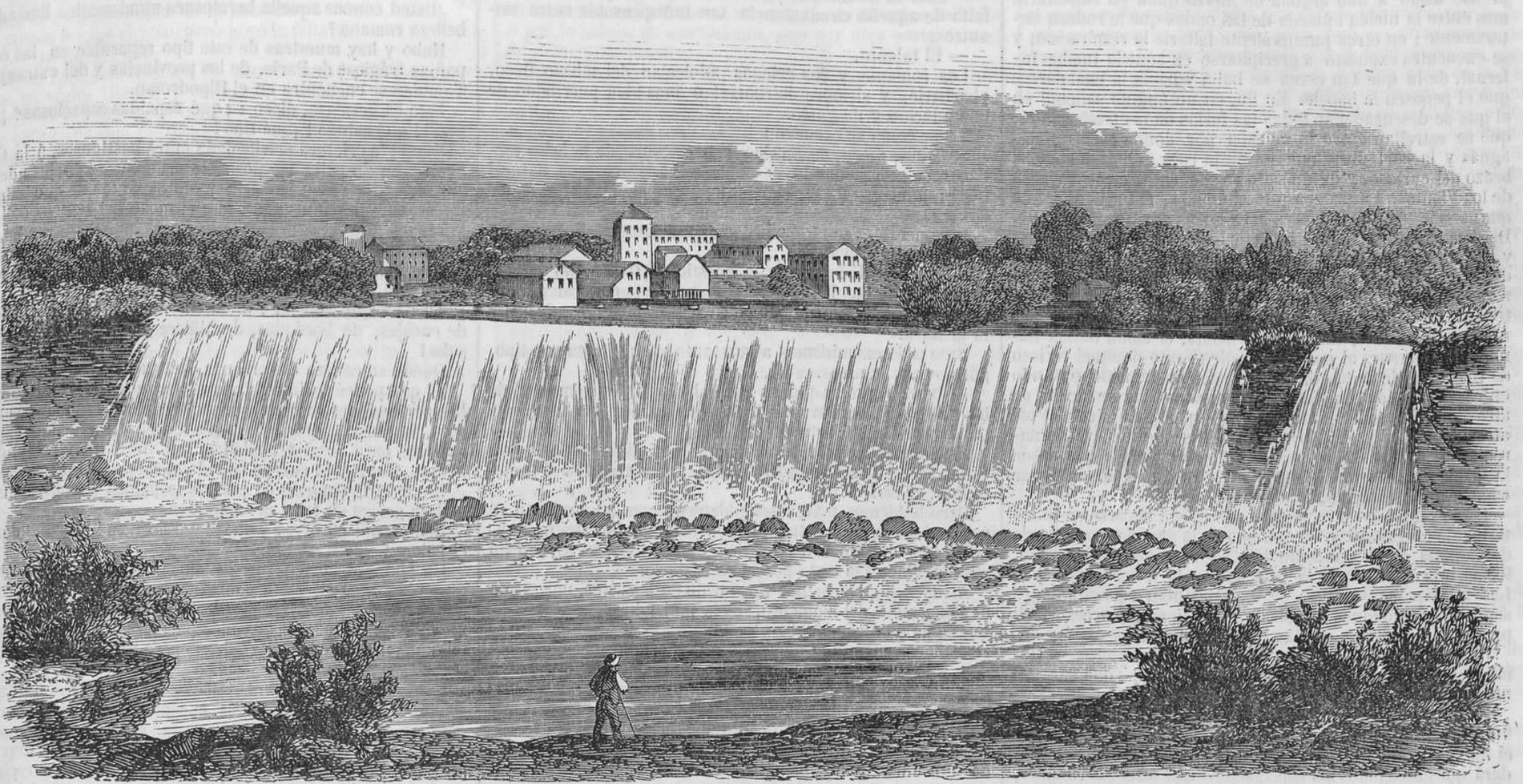


Vista de las pequeñas corrientes

siguió salvarse arrojándose y asiéndose á uno de los maderos que rodean los pilares del puente y sobresalen del agua. El primer puente que se construyó sobre las corrientes rápidas, estaba situado algo mas arriba, y se concluyó el año de 1817, pero al siguiente fué arrebatado. El que existe ahora, que fué hecho inmediatamente, parece que durará largo tiempo á despecho del furor de las aguas: concluye en la isla de los Baños, en cuyo punto hay otro puente que atraviesa un brazo mas estrecho de las rápidas, y es la continuación del primero, y el que completa la comunicacion del continente americano con la isla de Iris. En la parte de arriba de esta obra atrevida, y en la de abajo, hay islas pequeñas que smaltan con la frondosidad de su vegetacion la blanca superficie de las aguas, y muchos vie-



Vista del Niágara y cascada Americana, tomada desde Hog's Park.



Salto del Niágara. — Vista de la cascada Americana tomada del lado del Canadá.

jos árboles desarraigados en gran parte por el lamer continuo de las corrientes, sumergen las hojas que les quedan esperando que las olas los arranquen. En rededor de estos islotes sombríos, que comunican los unos con los otros por ligeros puentes, todo es tumulto, todo agitación y tempestades, pero debajo de sus copas espesas, reina la calma, la tranquilidad, y la frescura, y sin duda por este contraste delicioso, mas que por cifras enlazadas, que se ven en todas partes en las cortezas de los árboles, dos de estas islas han merecido el nombre de *nido de amores*, bajo el cual son mas conocidas. La principal de ellas llamada *Bath-Island* es la isla del *Punto de-Vista*, y divide en dos partes la cascada Americana juntándose á la de Iris por medio de un puente que atraviesa la llanura de agua que forma la

cascada Central, á donde se llega, bajando hasta el borde del abismo, por una escalera y sendero pedregoso que corre sobre una loma de tierra, á la cual la costumbre ha dado el nombre de Lomo de Puerco, el que si carece de elegancia, tiene cuando ménos el mérito de ser descriptivo.

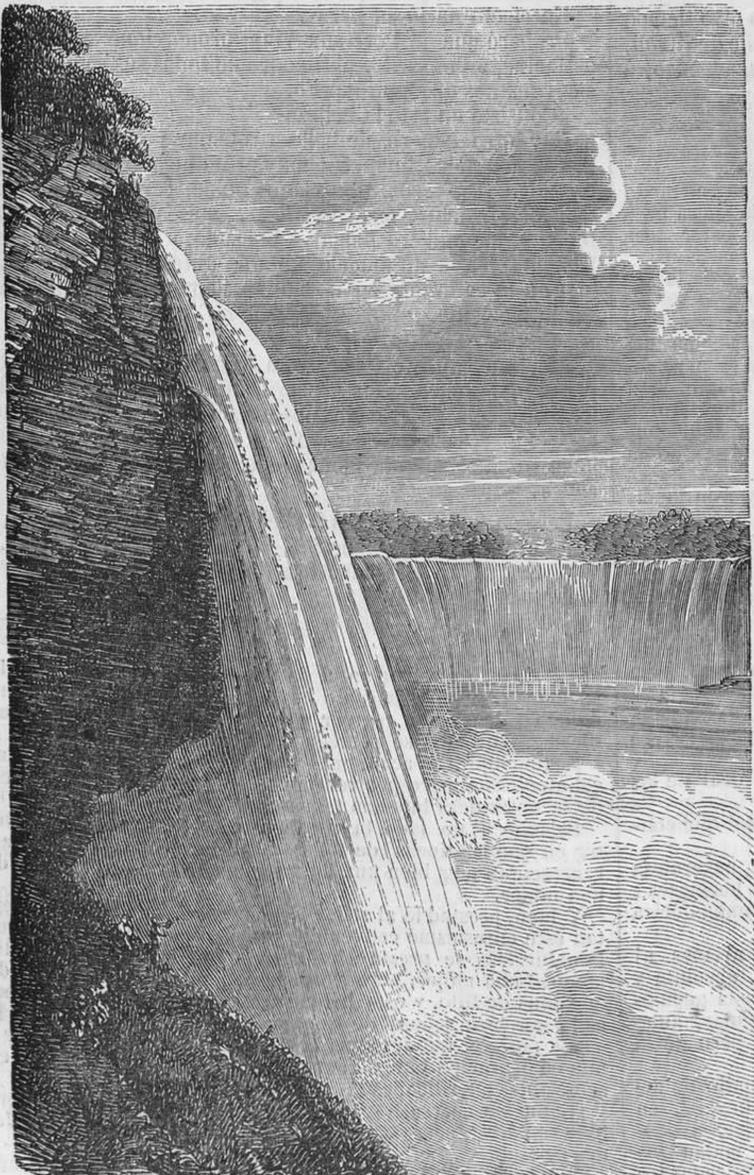
Llegado el peregrino al Lomo de Puerco, se detiene sorprendido por la grandiosidad del espectáculo que se ofrece á su vista. ¿Y no nos hemos sentado en él todos los que hemos podido surcar los mares y recorrer largas distancias para ir á contemplar en el Nuevo Mundo las maravillas que la naturaleza ha rehusado á este? — ¿Quién podría olvidar aquellos enfermizos arbustos inclinados como cabelleras en el borde de los abismos, aquellos viejos troncos en los cuales no osabamos apoyar el pié para echar una mirada de

damasiado la obra del hombre con el espectáculo de la naturaleza. La cascada del Centro no es mas que un fragmento casi olvidado del cuadro, y los peñascos derrumbados, aglomerados á sus piés, solo presentan un aspecto ordinario. Mas esta misma cascada tan pequeña á cierta distancia aparece terrible y colosal cuando se adelanta por encima de los espectadores, estrellándose á sus piés, inundándolos en una manga de agua y aturdiéndolos con sus crujidos. Para entrar en la caverna de los Vientos, que aquella envuelve y oculta en sus antros, es menester pasar por un camino peligroso y estrecho. Tan pronto el viajero ondula en el vacío, suspendido en el aire con una cuerda, asegurada en el peñasco, expuesto al choque de los torrentes que se desploman de una altura de ciento y sesenta piés; tan

espanto á la sima, en cuya profundidad rugian los huéspedes desenfundados de la caverna de los Vientos?

Si para evitar un vértigo miráramos al frente, el puentecillo del *Espectáculo Islándico* se cimbreaba como una rama sometida al choque de las olas; — al otro lado, algunos árboles enanos, cuya vejetacion impiden las tempestades y la condicion del suelo, se precipitan las *rápidas* desapareciendo instantáneamente en el vacío. Compacto y verde al desplomarse en el espacio, el líquido raudal emblanquecía prontamente bajo mil franjas de plata afiligranada, producidas por el aire agitado en los pliegues de aquellas cortinas gigantes; — y desde el fondo de su lecho de rocas, el abismo nos enviaba á un tiempo mismo, el eco de los truenos que conmovian el suelo, y las masas flotantes de nieblas que producian el arco iris con sus hermosos colores. — En fin, si nuestras miradas fatigadas se extendian hácia el horizonte, la orilla americana ofrecia en su verdor espeso un descanso á nuestros ojos cansados con tantas maravillas: y entre estas, dos montañas de granito, el rio atigrado con enormes surcos de espuma iba á perderse en la lontananza, mas obscuro que el cielo, hendido apenas por los alambres del puente.

La cascada Americana vista de frente, ó desde las orillas del Canadá, no presenta un aspecto tan interesante. Las modificaciones de la perspectiva disminuyen el efecto, y los edificios inmensos, las sierras mecánicas, dispuestas como un pueblo á lo largo de las corrientes rápidas, las mismas orillas que se dibujan en blanco en las colinas, confunden



Vista de las cascadas á la caída del sol, desde la parte Americana.

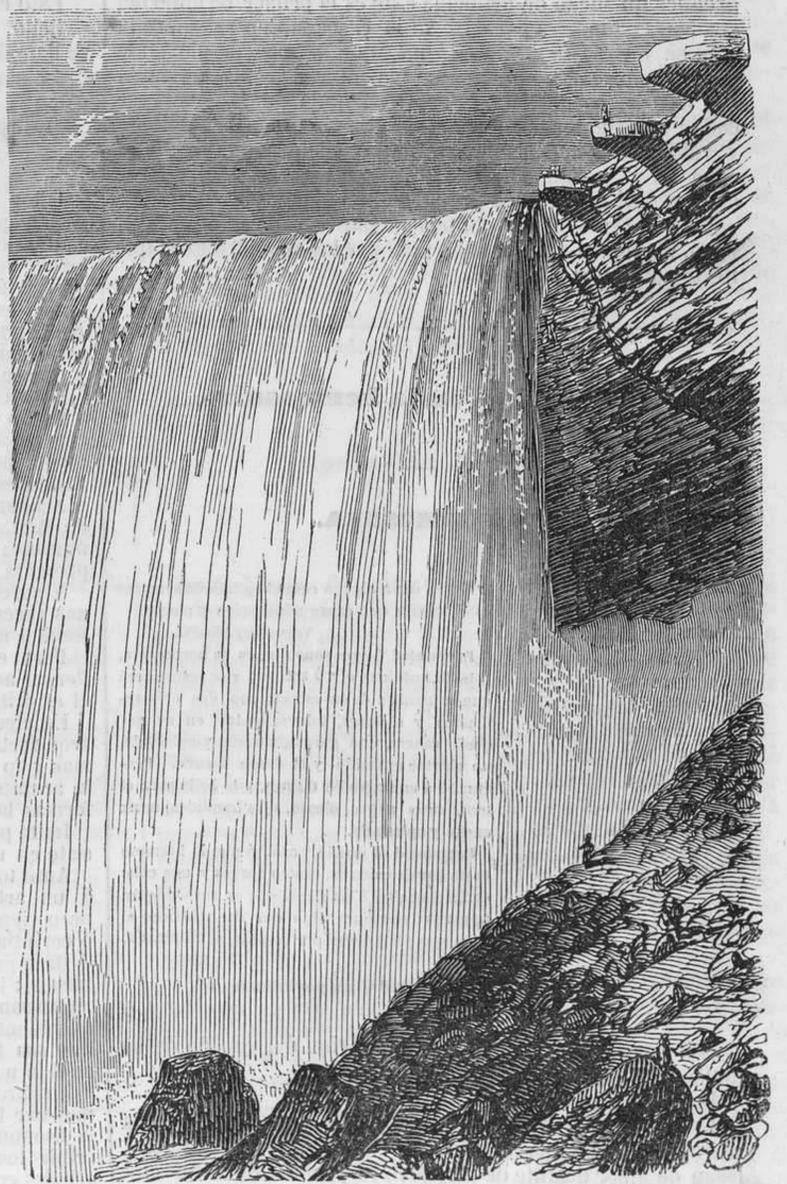


Table Rock.

pronto asido á una argolla de hierro duda en empeñarse mas entre la niebla húmeda de las ondas que le rodean enteramente; en otros puntos siente faltarle la respiración, y se encuentra expuesto á precipitarse en aquella tumba infernal, de la que tan cerca se halla y hácia la cual parece que el peñasco le impele. En fin, en un ángulo saliente en el que se desencadenan todas las furias de las tempestades, que se estrellan entre la muralla por donde escurren las aguas y la cortadura que forma la roca, el guía coge el brazo del curioso, y de un salto se encuentra en la caverna de los Vientos. La prueba está cumplida; el paso difícil en que perecieron dos hombres hace pocos años, está salvado. Descansad con la complacencia de haber completado la obra y la contemplación del número inmenso de anguilas que se deslizan entre los pies en aquel eterno surtidor de la catarata. La caverna de los Vientos tiene poco fondo: la detención que allí se hace es muy corta, y lo mismo debajo de una roca saliente, llamada por ironía, el salón de las Damas: se apresura al paso para salir pronto de aquel recinto de rocas desplomadas de aquel sepulcro húmedo, pasando entre la cascada Americana y la Central que se acaba de atravesar. En aquel punto, en que el pasajero afirma el pie atrevidamente, y debajo del arco iris que le sirve de aureola, si alguno se creyera grande, acuértese que desde la orilla opuesta del Canadá, el observador le distingue como á un insecto magullado sobre la piedra.

Esta excursión no es la sola que puede hacerse en lo interior de las cascadas. Al extremo de la grande, por la parte del Canadá, la continuación de la roca llamada *Table-Rock*, forma una bóveda por la cual se puede ir bastante lejos. Las mismas sensaciones se experimentan siguiendo otro sendero que conduce al abismo, pero tiene un acceso fácil para que las señoras puedan llegar hasta las cascadas.

He leído estas palabras en el libro de los viajeros. « ¡Hemos estado debajo de la cascada! ¡gran Dios! ¡qué cara tenemos, — Mi Tía María y Yo! »

El que haya tenido la buena suerte de penetrar hasta el fin de *Termination-Rock*, con señoras, engalanadas con el inexplicable pero indispensable disfraz de hule, comprenderá que entre todos los espectáculos que ofrece el Niágara, el que mas podía sorprender á un sobrino era verse disfrazado con su tía como en ninguna otra puede serlo nadie.

Pero, ni la entrada de la caverna de los Vientos, ni la bóveda de agua de la *Table-Rock* son comparables al espectáculo mágico que se ofrece cerca de la cascada Americana sobre las peñas desgajadas, que se encuentran amontonadas en el fondo de la roca perpendicular. Aquel es el punto á donde debe irse á la caída de la tarde para contemplar el conjunto de las cataratas en toda su inmensidad sublime. La cascada Americana ha llenado la inmensa profundidad de la sima que está á sus pies con los enormes peñascos que se han desprendido de la cima, y en los cuales se estrella, causando un ruido espantoso mas parecido al continuo estampido de la artillería, que al estruendo prolongado de los truenos. Una inmensa cantidad de vapores se exhala, sin interrupción, de aquel inmenso crisol del cual saltan, á la vez, cien gorgotas que se elevan como cohetes, y atraviesan densa nube de humo blanco parecida á la que produce un fuego de artificio. Este es el primer término del cuadro. Por la otra parte se ve la cascada Central sobre la cual se inclina *Prospect-Island*, que parece desplomarse hácia el abismo, y mas allá de las alturas frondosas de la isla de Iris, se describe la curva dilatada de la gran cascada: finalmente, por encima de aquella atmósfera agitada y ruidosa, el sol siempre sereno y silencioso ilumina la cima de la colina, envolviendo sus postreros resplandores en el manto dorado que produce el choque de las aguas.

La primera vez que contemplé este espectáculo maravilloso, dije para mí, que valia mas que las dos mil leguas que me separaban de mi patria.

Las modas en la hermosura.

LA HERMOSURA.

Para dar á alguna cosa el epíteto de hermosa es menester que cause admiración y placer.

VOLTAIRE, *Dic-Fil.*

Preguntad á ese sapo que es la hermosura, lo bello, sublime, el *τὸ καλόν*; y os responderá que la hembra de su especie con dos ojos redondos y saltones, sobresalientes en su pequeña cabeza, una garganta ancha y aplastada, un vientre amarillo y el lomo oscuro. Preguntad á un negro de Guinea, y lo bello para él será, cutis negro, oleoso, ojos hundidos, nariz ancha y aplastada.

Preguntad al diablo, y os dirá que lo hermoso es un par de cuernos, cuatro zarpas y una cola: en fin consultad á los filósofos, y os responderán en gerga: necesitan algo que sea conforme al arquetipo de lo bello por esencia, al *τὸ καλόν*. (*Ibid.*)

Preguntad á un parisiense...

Los turcos son los solos que no se rien del vestido de su abuelo, dice Montesquieu.

Para ellos, pues, no existe la moda.

Esto nos sorprende desde luego, pero lo que hay de mas extraño y de mas característico es, que los turcos se embellean de amor delante de los mismos tipos de huris que encantaron á sus padres, abuelos, visabuelos, tatarabuelos y de generación en generación hasta perder la memoria.

— Esto es monstruoso; prueba la barbarie y sobre todo la falta de aquella circunstancia tan indispensable entre nosotros.

— El talento.

Los romanos y los griegos adolecían del mismo flaco, ¡barbarie, y siempre barbarie! ó mas bien puerilidad de imaginación y de gusto.

Véase como se excusan:

Se trata, dicen, de un tipo de hermosura, de lo bello verdaderamente; y cuando se consigue nada es mas natural que prendarse, que ser constante, ó por lo ménos que soñar con ella.

Innumerables son todavía los que sostienen esta tradición sencilla y primitiva.

Es un absurdo: á parte la cuestión artística, no hay en verdad tipo de belleza, y voy á probarlo categóricamente: no hay mas que moda; voy á tratar, pues, de hacer la historia.

Ante todo examinemos algun tanto lo que llamamos tipo, porque hay muchos.

— Desde luego, ¿qué es aquel bello de los romanos, de los griegos y de los orientales que tal fortuna tuvo, que pasó á ser tipo, ó artículo de fé?

Es, ó muy poco le falta, bajo formas diferentes, lo que en las artes llamamos hoy *la línea*, y con respecto á la ejecución, *el estilo*.

Pero hablemos mas inteligentemente: es un conjunto de regularidad, una simetría de convención, un orden de líneas, cuyo mérito consiste, las mas de las veces, en no chocar jamás á la vista por lo caprichoso.

Así lo bello, sin hablar de lo bello en las artes, porque no es la cuestión del momento, es la mujer hermosa, la mujer que se ha de amar ó soñar, sería ese tipo monotonó, inverosímil, y á menudo imaginado á fuerza de compás, ese tipo de la escultura griega, hablando con propiedad; en fin para tomar lo que hay de mas natural en ese orden de modelos, esto es, entre las obras maestras de *la línea*, ¿lo bello sería el tipo que dá la *Vénus de Milo*?

Sin duda en ese tronco maravilloso hay líneas de un vigor, de un encanto inexplicable; mas sin embargo dênse á ese mármol, á ese conjunto tan puro como se quiera, las carnes, los colores, todos los señales exteriores de la vida; haced una mujer, y obtendréis sencillamente el modelo de la mayor parte de las moñas que sirven de muestra á nuestros peluqueros.

A la verdad es hermoso, ¿y debe uno pasmarse?

A pesar de todo es hermoso. Es *Lais*, es *Aspasia*, es la *Campaspe* de Alejandro el Grande, lo admito: beldad sin pero, lo confieso: beldad de China verdaderamente: beldad cocida en punto: finura, barniz, frescura de colorido, suavidad de contornos, ceja arqueada, nariz griega de perfil derecho, exacta proporción de las facciones, líneas admirables; nada le falta.

Todo está conforme á las reglas: el conjunto es admirable y correcto; presenta el desenvolvimiento frío é imponente de la simetría mas perfecta, en suma la ejecución mas intachable; y añádase una cintura divina y una majestad sobrenatural.

Esto es bello sin género de duda.

Bello, sí, sin objeción: bello como lo que en otro tiempo se llamaba un hermoso verso, bello como la calle de Rivoli, bello como el Odeon, bello como el estilo académico, ó como la letra inglesa.

¿Consiste en esto lo bello? (1)

¹ Por lo demás es oportuno observar de paso, de que modo se interpreta y comprende esa belleza griega en la época presente, por los ingenios elevados que parecen estar mas adornados de estudios sólidos y profundos.

Hace pocos meses que el señor Cousin, hablando de la señora de Longueville, en el periódico la *Revista de los Dos Mundos*, hace una teoría sobre lo bello, que concluye atrevidamente en la *Vénus de Milo*, representándola como tipo y parece que la compara pura y sencillamente á su heroína.

La teoría es sencilla, fácil y cuesta poco á la imaginación. Como si la escultura griega, grande, admirable, eterna con respecto al arte y como obra maestra del ingenio humano, pudiera ser comparada seriamente á las obras de la naturaleza.

Acabamos de decir un momento ha: *Dad carnes* á la *Vénus de Milo*, hablando del tipo que presenta aquel mármol admirable; pero M. Cousin, no, porque parece que aquella representa rigurosamente una mujer, y una hermosa mujer.

Y parece que tambien cree que la naturaleza ofrece algunas veces esta forma singular, que él considera como la perfección mas rara de la hermosura.

Pero en realidad, ¿es posible engañarse á tal extremo? Pensar así, no solo es desconocer la presencia natural, sino el espíritu, los principios y el objeto de la escuela griega.

En efecto, el escultor era en aquel tiempo el auxiliar del arquitecto, y de esto resulta que la escultura griega parece mas y lo es en realidad muy amenudo, una parte ó detalle de la arquitectura, y no la imitación ó perfección ideal de las formas humanas.

Imita por tanto un ideal, pero adecuado; un ideal que consiste en una simetría matemática.

Ante todo, adapta de grado, ó por fuerza, la naturaleza á un arte particular; modifica á la mujer y la hermosa; pero siempre en un sentido de líneas de una columna dórica ó corintia.

Hace pues una obra ideal; pero regularizándola ni mas ni ménos: intenta desde luego dividir en dos partes, absoluta y rigurosamente iguales, la forma humana, que hasta geométricamente se puedan sobreponer. Perfección singular, aunque sea laudable en la línea de las cariátides, pero de la cual la naturaleza no presenta un solo ejemplo.

Y sobre todo la escuela griega haciendo un estudio de armonizar las formas á compás y con la escuadra, llegaba, en la fisonomía particularmente, á desbastar, á entallar, á describir los contornos del cuerpo humano como se podan los árboles en Versalles, es decir, á suprimir no solo todas las irregularidades, sino todos los detalles, á condiciones existentes: ¡ideal muy singular! Por esto estas obras sin embargo

Pero no lo he dicho todo.

¿Usted conoce aquella hermosura numismática llamada la belleza romana?

Hubo y hay muestras de este tipo reparable en las compañías trágicas de París, de las provincias y del extranjero. Tambien se encuentra en el Hipódromo.

Esto es hermoso, dicen: ¡qué espaldas espaciosas! ¡qué perfil! ¡qué cabeza! ¡qué tipo!

Seguid la criatura privilegiada entre bastidores, á la Cuadra segun lo exija su posición dramática: sorprendedla, sin ser visto, en su camarín minutos ántes de que salga á la escena, instantes ántes que el mozo del teatro, ó el palafrenero llegue y le entregue ya el puñal de Emilia, de Gertrudis ó Lucrecia, ya las riendas de la fogosa Cuadriga.

Sorprendedla delante de su tocador: se quita el sombrero y el rostrillo.

Va de mejor á mejor: desenvuelve su garganta de pieles, de encajes, de bordados, de alfileres, de cintas, y ¡quién sabe!

Quedó su cabeza descubierta, hétela hermosa.

¿Y qué podré decir? Cada alfiler que desprende descubre perfecciones nuevas, porque ese perfil espacioso, enérgico, huesudo... original, lo confieso, y modelado expresamente para acuñar medallas, en fin el tipo romano se adapta y ajusta al cuerpo soñado por los artistas griegos.

En efecto, empezando por las espaldas encontramos la belleza griega en todo su esplendor.

Hémos aquí de cara: ¡qué magnificencia! No abandoneis el palco. Seguid, seguid.

Un alfiler de ménos, es la diosa de Eufnor, Minerva desnuda á medias, es *Cassandra* de Polygnoto y muy pronto *Friné* delante del *Areópago*: espera, es la *Vénus Adiomena* de Apeles, *Vénus* con los pies en las olas: espera, es la *Vénus de Gnido* de Praxiteles— pero no, es la *Vénus pública*, si así puedo explicarme.

Hablemos sin figuras ni rodeos: reúne las treinta líneas clásicas de la hermosura: es, exceptuando la cara que he descrito, una de aquellas jóvenes que el mercader de esclavas de la antigua Grecia, dotado de un tacto particular, de un gusto severo y de una ciencia inhumana, iba á reclutar en todas las islas del Archipiélago, en las costas del Asia, en Mileto sobre todo, que despues llevaba en triunfo á Atenas, para ser educadas, adoradas y ensalzadas por los artistas, los poetas y los grandes hombres: es una de aquellas beldades maravillosas que el pueblo ático amaba como la poesía y la música, y que despues de la conquista los pudientes romanos concluyeron por admirar apasionadamente y en proporción á los Sextercios que ellas les cortaban.

En realidad es el tipo de la *Cintia* de Juvenal, de la *Lesbia* de Catulo, ó de la bella dueña de Virgilio. Adoradla, adoradla.

Pero no basta, es mas aun, observad: va á salir á las tablas: ponedla las cintas, una diadema, una corona de hojas, y ¿qué mas? el *peplum*, todo el guardaropa clásico: y es una vestal, una reina, una emperatriz, Juno en persona.

En este estado la espero hasta que vuelva á la vida ordinaria. Ponedla un vestido, un sombrero, un chal y se transforma en una corpulenta jóven.

En efecto nació en Bercy.

Probaré que el *Port-aux-Vins*, proporcionó á *Corneille*, á *Racine*, á *Ponsard* y al *Hipódromo* todas sus reinas, todos sus romanos de algun mérito.

¿Consiste en esto la belleza?

Hay otro género de belleza romana: facciones sumamente marcadas, juanetes muy pronunciados, frente baja, dignidad casi feroz, tipo ménos noble, pero mas enérgico, mas desenvuelto, mas nervioso, mas prolongado sobre todo, y que pudiera llamarse huesudo, y del cual la señora *Rimblot* ofrecía un modelo notable ántes de engruesar; y bien, esto es lo que en el mundo llaman las buenas almas caritativamente, *un gran caballo de batalla*.

¿Consiste en esto la belleza?

Afortunadamente la señorita *Raquel* (decimos esto entre paréntesis temiendo las observaciones á que pueda dar lugar) no tiene, de eso que nosotros entendemos por romanos, sino el corazón y la voz. Y bien, esa misma voz, esa bella voz de Emilia la llamamos en la vida privada, una voz ronca.

Pero en fin recopilemos: ¿belleza romana, tipo noble, ó tipo huesudo, son la belleza?

¿Quién se atrevería á sostenerlo formalmente en nuestros días?

admirables, se asemejan á la naturaleza lo mismo que las pasiones y las emociones de la tragedia, pasiones y emociones de una cadencia tan regular y compasada, tan correcta, como dicen... tan bella, se parecen á las pasiones verdaderas.

Nadie admira ni acata mas que nosotros las obras del cincel ateniense; ¿pero por ventura se encontrará en él el modelo de la naturaleza humana femenina?

Dejando á un lado la cuestión del arte, es preciso convenir en que las líneas de todas estas fisonomías equilateras, representan mas bien una figura geométrica que la cara de una mujer.

Y bien, prestad fé al señor Cousin y á su amabilidad, aceptad este entusiasmo convenido, suponed por un momento que la naturaleza se presta á reformarse por las reglas del arte, admitid una mujer, pero verdadera, fundada en la forma de la *Vénus de Milo*, y esta beldad francesa en su mejor tiempo, es la hermosa señora de Longueville: ¡muchas gracias!

¿Es posible, qué un ingenio tan original se deje arrastrar á una comparación tan mal entendida? ¿Cómo puede incurrir en semejantes puerilidades?

¿Cómo sin correctivo, sin reflexion, brutalmente y sobre todo *con alma*, como se puede comparar una mujer á la *Vénus de Milo*!

Mémos ridículo fuera decir sinceramente, con ingenua admiración á un hombre que se calienta á la chimenea: ¡Oh amigo, usted me cuenta cuentos como *Theramena*!

Mas entre los romanos hubo un hombre de ingenio, en toda la acepcion actual de la palabra.

Acaso no fué él solo, pero poco le faltara.

— Ovidio, en fin.

Pues bien este hombre de talento no admitió los errores de su siglo. Ovidio, y esto está altamente probado con hechos irrefragables, despreció, pero mucho, aquel género de belleza de que las medallas y monedas nos han transmitido la tradicion y el conocimiento.

Si se atrevió á insultar á su amo, si no temió el castigo, ni ser lanzado de Roma, ni marcharse á componer treinta mil versos latinos en las orillas del Mar Negro, no fué por uno de esos modelos que es costumbre ahora celebrar con sonetos acordándose el nombre de beldad pagana ó florentina: si hizo locuras, si se comprometió y perdió, fué por una hermosura mas picante, « fué por la hija del emperador, por aquella Julia que se parecia sencillamente á la señorita Marta del teatro del Vaudeville »¹.

¿Y despues de diez y ocho siglos de civilizacion nos vienen « á nosotros que somos el pueblo mas vivo é instruido del mundo » á proponer formalmente como tipo de lo bello aquellas obras que tiempos remotos admiraba y amaba toscamente, con muy pocas excepciones, el pueblo mas grosero de la tierra y de la historia?

No es, pues, lo bello; nada es mas claro.

Me parece que el modelo por excelencia lo he reducido á polvo: ahora sobre sus ruinas no faltará quien nos diga que hay un tipo fuera del cual no es posible hallar nada de bello, nada que merezca ser admirado, y casi, casi, nada que amar.

— Pero admitida la proposicion, habria que elegir, ¿y quién se atreveria?

Los tipos que hemos descrito, que en rigor podrian conciliarse y confundirse, no son los solos que se presentan como tipos absolutos: hay otros que por su origen son muy notables y se hacen valer.

Porque, por ejemplo, ¿dariamnos nosotros á los griegos y romanos la preferencia sobre Miguel Angel? Tambien él tenia su teoria y la ha sostenido con obras extraordinarias. Para él lo bello consistia en la fuerza; en la fuerza llevada al exceso, y algunas veces de un modo violento, hasta presentar una anatomia descarnada. ¿Y porqué la Leda no seria el modelo por excelencia?

Y no podriamos creer mejor á Rafael, que no admitia sino la gracia, presentada con maravillosos contornos, modelo de la linea llamada suave, no blanda, pero hasta cierto punto fluida dulcemente, de la linea pura, correcta, inanimada sin accidentes, y sin malicia. ¿Porqué sus vírgenes no habian de ser bellas exclusivamente?

¿Y porqué no irémos hasta Rubens, que veia lo bello en la exageracion y en la multiplicacion sin ejemplo de las formas redondas y gordas?

¿Quién se atreverá á transigir la cuestion? ¿Quién querrá ser juez de nuestro entusiasmo?

¿Qué prueba ese cúmulo de teorías, todas fundadas, todas comprobadas perfectamente por el raciocinio y el ejemplo? ¿Qué prueba esa coleccion de modelos igualmente apreciables?

Qué no hay tipo absoluto de lo bello, pero sí una serie muy variada de individualidades completamente diferentes, producidas ya por el arte, ya por la naturaleza, que han sido estimadas como bellas; pero que no hay razon para generalizar, y seria muy expuesto decidirse por uno de los estilos en cuestion.

— A la menor palabra de preferencia se sublevarian todas las otras en queja con objeciones insuperables.

Además, es preciso reconocer que fuera de estos ejemplares que los teóricos han convertido en tipos, los hombres, entiendo los franceses, que son los que nos ocupan ahora, se han creado, en todos tiempos, siempre sin interrupcion, modelos de hermosura, admitidos por el capricho del momento, entronizados provisionalmente y adorados casi exclusivamente.

Esta veleidat se ha manifestado de tiempo en tiempo variada de un modo extraordinario, sin regla, bien entendido, sin decadencia y sin progreso.

Así, pues, tampoco en esto se debe buscar un tipo por excelencia.

En efecto, si es cosa probada que en todas las cosas el tiempo trae el progreso, que á todas las añade la edad una perfeccion nueva, es preciso conocer y confesar tambien que el gusto y las impresiones de la belleza no están sujetas á esta ley, en una palabra, que no se ha podido encontrar en la historia de esta facultad del alma un progreso continuado.

Hubo de tiempo en tiempo cambios irregulares é imprevisivos; y esto es todo. Cada generacion reemplazando con su capricho el de las anteriores, se pretendió haber juzgado bien, es decir, que ella sola habia descubierto el tipo de lo bello, la beldad única, la beldad perfecta.

Presentemente nosotros que no valemos mas que los otros, nosotros que tenemos tambien en esta cuestion nuestra linda debilidad, no debemos hablar con nuestra jactancia de pueblo viejo, de *mal gusto* y de *buen gusto*.

No pretendamos como soberanos elegir las épocas; no decidamos, sin otro principio que nuestro gusto particular, del mérito relativo en esas materias, en una palabra, no resolvamos de una plumada una cuestion que realmente no puede ser resuelto.

No tratándose, lo repetimos, del progreso natural del tiempo, es poco probable, lo confesamos, que los siglos tirados á la suerte, sean mas ignorantes, mas instruidos, sepan apreciar y amar mejor que los otros. No es facil persuadir que el abuelo conocia la belleza mejor que su hijo, ó

ménos bien que su nieto, ó tanto como él: en suma es imposible admitir estas diferencias singulares de entendimiento, ó por lo ménos de sentimiento, que por otra parte carecen de razon y de prueba.

Ahora bien, como de generacion en generacion, las Huris de predileccion, los Angeles de madrigal, y las Magdalenas soñadas están distantes de reunirse, á pesar de lo que haya dicho La Bruyère, que además no podia penetrar las generaciones que le han seguido, es preciso concluir que nada depende del gusto y de la opinion tanto como la belleza, porque nada es mas arbitrario que ella.

Que lo bello, no se trata del arte, lo repetimos, no existe de una manera absoluta; en realidad no hay sino gustos y modas.

Así no nos es lícito presentar la teoria de lo bello; y lo que sencillamente entendemos es escribir su historia.

Una prueba mas, es que en nuestros dias estudiamos en vano la antigüedad, la vuelta de los gustos y las modas, las escuelas de pintura y escultura; en vano razonamos, discutamos y sobre todo nos dogmatizamos.

En fin, vanamente hacemos cuanto podemos para dar á entender que tenemos bajo cualquiera forma lo que se llama rutinariamente buen gusto.

De todo esto resultan sencillamente teorías varias que son muy convenientes todos los años para los objetos que se usan en la sociedad.

Pero en la vida positiva, en la calle, en el teatro, en los bailes y en el altar, lo que admiramos, lo que nos transporta, lo que nos encanta y hace delirar; lo que preferimos, lo que nos jactamos de querer, lo que toca nuestro corazon, no es ninguno de los tipos tan cantados, ni tampoco la Vénus de Milo: muy léjos de esto es la *hermosura distinguida*, que puedo asegurar que no se le parece en nada.

Muy pronto explicaremos lo que entendemos por esto; pero vamos por órden.

Lo mismo que la mayor parte de las generaciones de la edad media y los orientales mismos de esta época, los griegos no entendieron de delicadeza y finura.

Despues de la linea recta de la nariz, de la ceja arqueada, no se trataba sino de cuerpos de formas redondas, de proporciones perfectas, de dientes blancos, de cabellos como el azabache ó dorados, de cuello de cisne ó de marfil, de cútis fresco como la rosa, de uñas arqueadas, largas y brillantes; solo se trataba de alucinar la vista; era una cuestion de lineas y de colores.

En el momento que se encontraban reunidos todos estos méritos de pastel, se habia conseguido todo lo deseable.

Sencillez admirable: nada mas se deseaba del cielo; se habia encontrado la Vénus de Chipre, la diosa de Pafos, la reina de los verjeles del Amatonte; y por lo demás, una persona insípida y simple².

Pero cuando se formó al gusto, creció la dificultad: se exigió que las lineas, los colores y las formas tuviesen una significacion, una *intencion*: fué menester interesar no solo los ojos sino lo que llamamos el gusto; y así como no hay facultad mas caprichosa, con el reino del gusto, nació como consecuencia forzosa

LA MODA

Del mismo modo que existia en los trajes y prendidos, hubo tambien modas en la hermosura; pero sin darse una razon explicita, á pesar de su evidencia, son tan marcadas que pueden definirse.

Nadie lo negará: poner en duda el hecho seria pretender que la Diana cazadora ó la Vénus de Milo se parecen á las mujeres de Juan Goujon, á las de Courton, de Claudion, de Boucher, de Coysevox, y estas á las obras de David, y las de este á las figuras de Isabey, y comparar con estas las del señor Dubuffe, ó á los retratos de Briard.

En esto encontramos en efecto, siguiendo la crónica del arte, las mujeres reproducidas de tiempo en tiempo, si no precisamente tal como fueron, como ellas quisieron aparecer.

Querian sin duda lo que habia decidido la moda.

Estas modas se han sucedido y se suceden siempre poderosas, como hemos indicado, dando la ley, el tono sin disputa en la sociedad escogida.

No precisamente en razon de lo que adelanta la civilizacion, sino á medida que se desenvuelve el ingenio, las modas con respecto á hermosura se suceden mas rápidamente y mas delineadas.

Vamos á recorrer rápidamente los primeros periodos del reino de la moda. Las exigencias son medianas y corresponden á los pormenores.

En los reinados de Luis XIII y Luis XIV principalmente no habia mujer hermosa si no era rubia: preguntadme porqué.

La condicion era tan explicita, que las morenas desconsoladas se vieron en la necesidad de teñir sus cabellos despreciados, *inapreciables*; y llegaron á hacerlo con suma perfeccion.

El hecho es cierto, yo lo creo; y por lo demás hallo la prueba en una carta inédita de madama de Sevigné. Cuenta en ella la indiscreta... esto es algo atrevido... pero en aquel tiempo las mujeres hablaban así, y esta leia á Rabelais, pero sin embargo no daré el texto. Cuenta en fin á su hija la historia de un descubrimiento grande. Madama de Chatillon no es rubia! Se sabe desde que Bussy-Rabutin fué arrestado... por los indicios y cierta apuntacion que se encontraron en su casa, que probaban hasta la evidencia que madama de Chatillon, la célebre rubia, es morena, y acaso, se puede suponer, morena del negro mas subido.

Véase que las rubias eran las solas hermosas en aquel tiempo; y dejando á parte este detalle sin valor, por lo demas se estaba en todo, con respecto á las otras partes del cuerpo y de la cara, por el culto de la beldad griega, algo colorida; y tanto que el triunfo de mademoiselle de la Vallière, contemos el discurso, que era delgada, causó una revolucion entre las gentes de buen gusto de entónces, y dos siglos despues, presentemente, el señor Cousin, admirador acalorado de lo bello, no puede desentenderse de aquel suceso. Si se tratara de la gorda madama de Montespan, seria diferente.

En tiempo de Luis XV, el gusto, de que tratamos, adquirió mayor importancia; dejó de ser un capricho de pormenores, y formó un pequeño cuerpo de leyes.

Se exige el que la nariz sea arrespingada, el ojo chico, la boca de piñon, cerrada, adelantada, cariñosa; se requieren hoyitos y muchos en los carrillos, en la barba, en los hombros ¿y qué se yo en dónde mas? en todas partes.

Se exigia una fisonomia para la cara y otra para el cuerpo. Las piernas de minué, acreditadas en tiempo de Luis XIV, son una condicion indispensable de la hermosura; piernas delgadas y largas: son unas piernas que desde la pantorrilla hasta la punta del pié presentan, ó parecen presentar, dos lineas en cierto modo paralelas.

La actitud del cuerpo se resiente de estas lineas violentas: la cintura inclinada y combada echa el peso hácia adelante: el cuello estirado, la nariz levantada, los labios sacados, son las condiciones que completan esta fisonomia de paloma hechicera, que estasiaba á sus admiradores.

Estas palomas son las mujercitas regordetas, elegantes, lascivas y risueñas; que son un conjunto de jovialidad, de viveza, lleno de gracia voluptuosa, no porque se adapte al carácter de la época, sino porque es la época misma.

Despues envejeció todo esto sin que se renovase. Hubo carácter y se emprendió una obra de restauracion. Se substituyó la juventud y la frescura con un revoque estudiado, la pasion con un cinismo que la edad sola puede dar.

Gracioso fué el contraste de los viejos ganimeses y las vetustas palomas con la córte jóven de Maria Antonia, que exigia juventud bajo todos conceptos.

Maria Antonia no solo era hermosa, sino archiduquesa de Austria y reina de Francia, por consiguiente su gusto era una ley. Como era jóven, se necesitaban jóvenes y corazon ardientes, damas jóvenes, ideas y modas nuevas; funciones de dia, partidas de campo elegantes y animadas, disfraces agrestes, cuya simplicidad sencilla no permitia el menor fraude y un poco de anglo-mania, porque el bello sexo comenzaba á filosofar y tener ideas liberales.

Pero esto no podia suceder impunemente; y el partido de lo antiguo se organizó y dió por resultado un baile al cual no podia asistir nadie que bajase de treinta años; y por supuesto la reina no fué convidada; pero aceptó el guante pretendiendo dar una leccion sangrienta á las bellezas apolladas y carcomidas que la desafiaban, diciéndolas: « Sois grotescas, estais mandadas recoger, ¡qué venis á hacer aquí con esas mejillas barnizadas como un coche, conesa frente de albayalde, con esas cejas teñidas, con esos labios revocados de carmin! Sois viejas decrépitas, feísimas. Id, lavaos, poneos una cofia con grandes lazos, un vestido de ramajes; ocultáos en una grande silla poltrona con enormes orejeras, y procurad tomar el aspecto venerable que os corresponde, siendo nuestras abuelas, y abuelas despreciables! »

Reunió Maria Antonia cinco ó seis de sus mas íntimos, el marqués de la Fayette, madama de Lamballe, madama de Poix y otras que tenian como ella la buena suerte de haber sido excluidas de la funcion, y esta comparsa escogida se presentó repentinamente en el baile con chinelas, con sobretodos, delantales blancos y rodetes.

Este fué el golpe de gracia, y quedó soberanamente decidido que nadie era bello sin ser jóven, pero muy jóven á pesar de la desesperacion y pretensiones de las gentes pro-
vectas tan decantadas en nuestros dias.

Cascadas del Niágara.

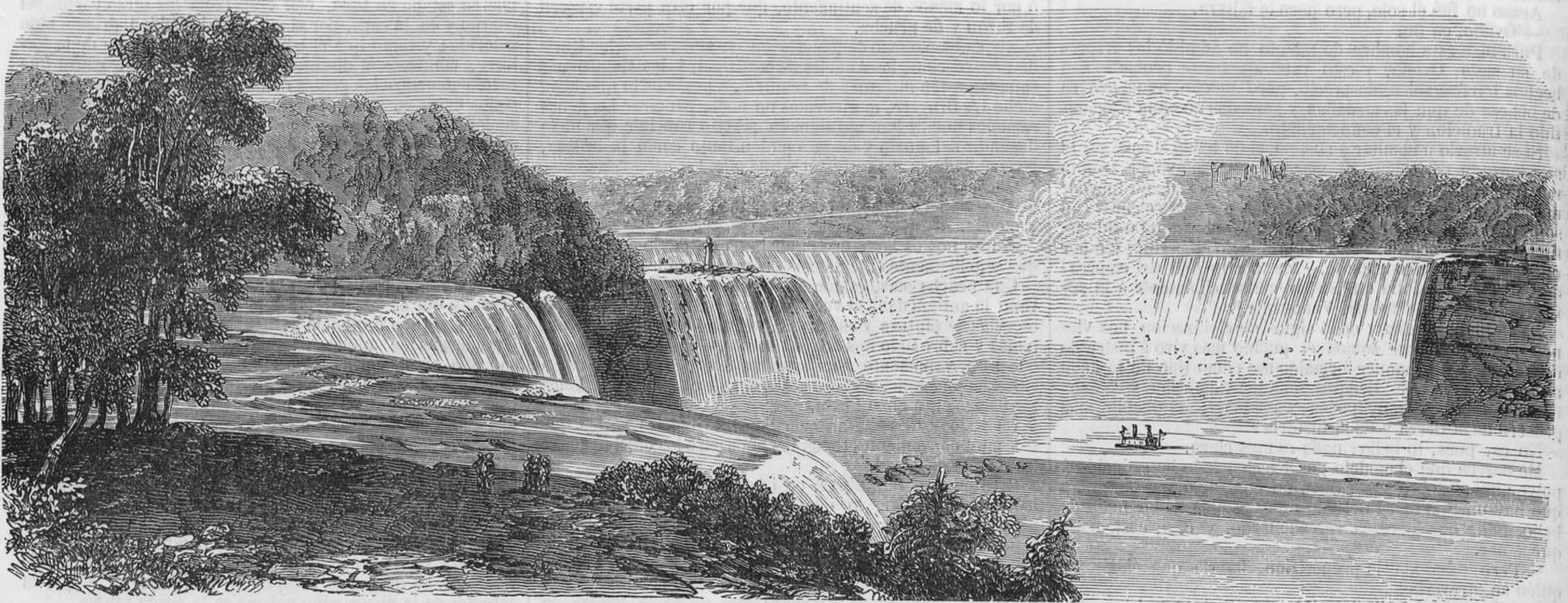
ARTÍCULO SEGUNDO.

Desde lo alto de estas rocas perpendiculares á cuyo pié nos hemos detenido, la vista, aunque compuesta de los mismos elementos, presenta un conjunto de lineas enteramente diferente. La cascada Americana que poco ha rugia sobre nuestras cabezas, se agita á nuestros piés, y la sima inferior se dilata á nuestros ojos como un vasto campo hasta la cascada Inglesa, cuyo cortinaje, variable en forma de herradura, llega á la orilla opuesta. Desde la llanura superior se dibuja la curva de las grandes corrientes, interrumpida por las sombras de la isla de Iris. El *Hog's-Back*, situado á nuestro frente, se descubre por encima de *Prospect-Island*, rodeado de una gran faja de espuma, pocos piés mas baja que el nivel de aquel. En el punto extremo de la orilla Americana podiamos tocar con nuestros piés las aguas de las corrientes, precisamente en el mismo sitio en que se desprenden para precipitarse en el vacío.

Hace tres años que dos familias, á las cuales todos los dones de la vida anunciaban un porvenir de júbilo y contento, vieron frustradas allí todassus esperanzas. Contratado un matrimonio, debian estrecharse los vínculos amistosos de ambas familias: fueron á pasar un dia de recreo en las cataratas de las que estaban á una distancia prudente; mas la novia, mofándose del terror que inspiraban, se adelantó sola hasta una especie de barra formada de piedras en el lecho de las mismas corrientes. Excitada su hermana con su ejemplo, quiso intentar la misma hazaña; pero para disua-

¹ Museo del Louvre. — Estatua n.º 77. — Julia, hija de Augusto.

² Diana caza, Minerva piensa; pero Vénus no hace nada. (Mitología universal.)

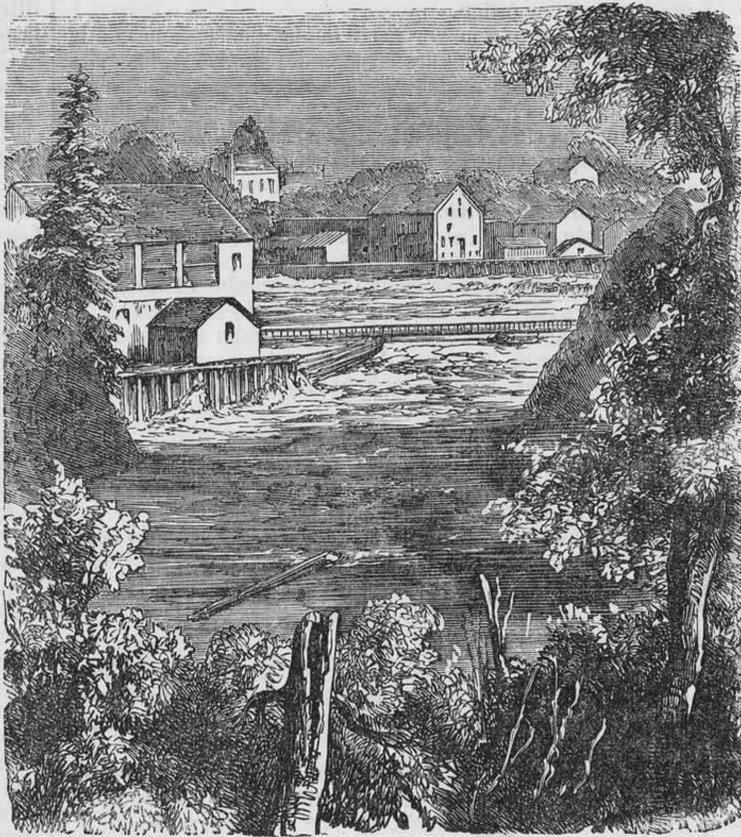


Salto del Niágara. — Vista general de las cascadas del lado Americano.

dirla, el jóven la cogió por el brazo, aparentando empujarla hácia el agua. ¡Desgraciado juego! favorable solo para el Niágara. La infeliz jóven se tiró atrás, haciendo un movimiento brusco y violento que la hizo soltar la mano que la detenía, deslizó en la piedra húmeda, y cayó en el torrente: á su exclamacion sentida, comprendió el jóven que solo con el sacrificio de su vida podia hacerse perdonar la imprudencia cometida, y sin titubear se arrojó; consiguió coger á la chica; pero el choque de las aguas le derribó muy pronto, y los dos agarrados pasaron á la eternidad.

Mas arriba de la cascada Americana hay establecido un servicio de faltas para el paso del rio, y su travesia no ofrece peligro, en atencion á la construccion y solidez de aquellas, y á la destreza de los patrones, mas siempre es desagradable por el oleaje, rechazado de las aguas y la menuda lluvia con que el viento molesta á los pasajeros.

Para evitarles la molestia de la larga bajada que hay hasta la orilla, han cortado de la parte Americana la muralla gigantesca de granito, dando al corte mucha profundidad, y su base ha sido rellenada con la piedra cortada en la cima, formando una pendiente rapidisima, pero regular, sobre la que se ha establecido un ferro-carril doble, de modo que pasan por ella dos carros, capaces de contener cada uno unas doce personas, y sus asientos están dispuestos como las gradas de un anfiteatro: están sujetos entre sí por un enorme cable y cadenas de hierro de todo el largo del camino, en disposicion que el mismo movimiento que hace bajar á unos hace subir á otros, y de este modo puede el curioso ser trasplantado desde la cumbre al nivel inferior, y de este á aquella; pero esta bajada es altamente atrevida é imponente, y dificilmente, una vez empeñado en ella, se deja de



Las fábricas.

reflexionar que si el cable se rompiera y los carros se separasen ántes de llegar al rio, todos serian aplastados y pulverizados; pero se diria que en el Niágara el viajero se familiariza sin poderlo evitar con estos peligros.

En la orilla opuesta han construido los ingleses, en la peña mas á propósito, una barandilla sinuosa por la que pueden bajar los coches hasta el desembarcadero, y por un contraste singular ó un desafio, una estacion de coches públicos, enarbola la bandera de la civilizacion humana á la faz de aquel gran cataclismo de la naturaleza. En la cumbre de la montaña está situado *Cliston-House*, y á la distancia de algunos metros se dirige hácia el rio la punta Victoria, punto desde el que, con el ánimo tranquilo y la vista descansada á causa de la distancia de las cataratas, se puede calcular mejor la extension y admirar las maravillas de aquellos sitios. Parécenos que es ya tiempo de que acompañe á nuestra relacion la parte de guarismos que la concierne.

La totalidad de la gran curva formada por las tres cascadas y las islas de Iris y del Punto de Vista, cuenta un kilómetro y medio, ó varas 4,769, las cuales, con arreglo á los documentos que hemos examinado, se reparten como sigue:

Cascada Americana: anchura, 386 varas; altura, 164 piés ingleses.

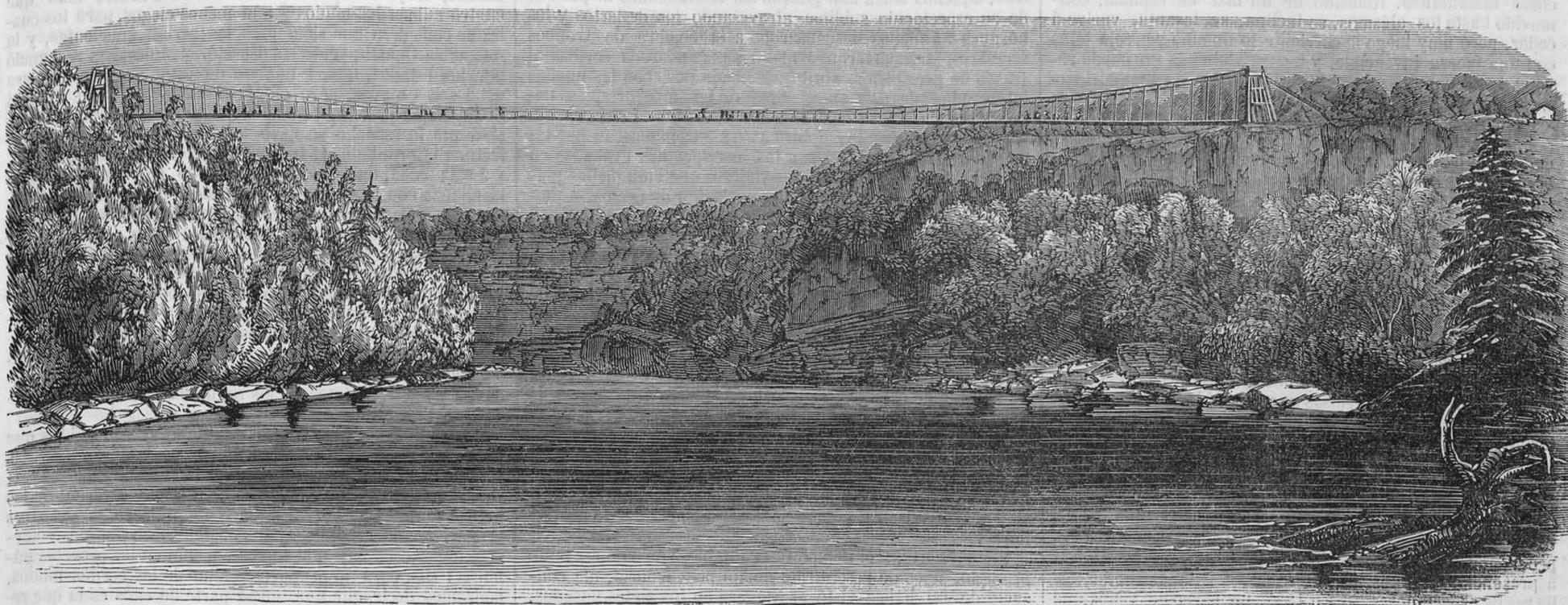
Cascada Central: anchura, 24 varas; altura, 154 piés ingleses.

Cascada Inglesa, en forma de herradura: 818 varas; altura, 158 piés ingleses.

Entiéndase que se debe comprender como altura la distancia desde la esplanada superior hasta las aguas inferiores, porque el abismo en donde se hunde la gran cascada denuncia una profundidad duplicada, suposicion que se hace con tanto mas fun-



Vista general de las cascadas, del lado del Canadá.



Salto del Niágara. — El puente Colgante.

damento, cuanto que el lecho del río debajo de la cascada Americana tiene una hondura de 200 piés y una anchura de 468 varas. Estas proporciones pueden dar una idea de la cantidad enorme de agua que se desploma sin interrupcion en aquellas inmensas concavidades, sobre lo cual un observador curioso é inteligente ha formado el cálculo que reproducimos sin garantizar su exactitud.

El doctor Dwight, admitiendo una corriente media de seis millas por hora, ha sacado los guarismos siguientes: 1.225.408,800 toneles por día, 102.092,400 por hora, 1.704,540 por minuto, y en fin, 28,359 por segundo. Este cálculo medio varia dispensablemente en razon del estado de la atmósfera. Por esto un viento violento que empuje las aguas del lago Eria al Niágara puede producir una crecida de dos piés por encima de las cascadas, y por abajo, llenado el cauce, subir las aguas de 15 á 20 piés.

Siguiendo el curso del río una milla y media, se llega al puente colgante, cuya construcción, si bien es análoga á la de otros muchos, la elevacion de su piso, la falta de machones intermedios, y el aspecto agreste del paisaje que le rodea, le dan un carácter de atrevimiento y ligereza que no se vé en otra parte. Los trabajadores que lo construyeron se acueruan aun del barquillo de mimbres que llevó á cuatro de ellos á favor de un cable que pasaba del uno al otro lado; y se refiere que el primer coche que pasó sobre él le guiaba un americano á gran trote, ántes que estuvieran puestos los pretiles.

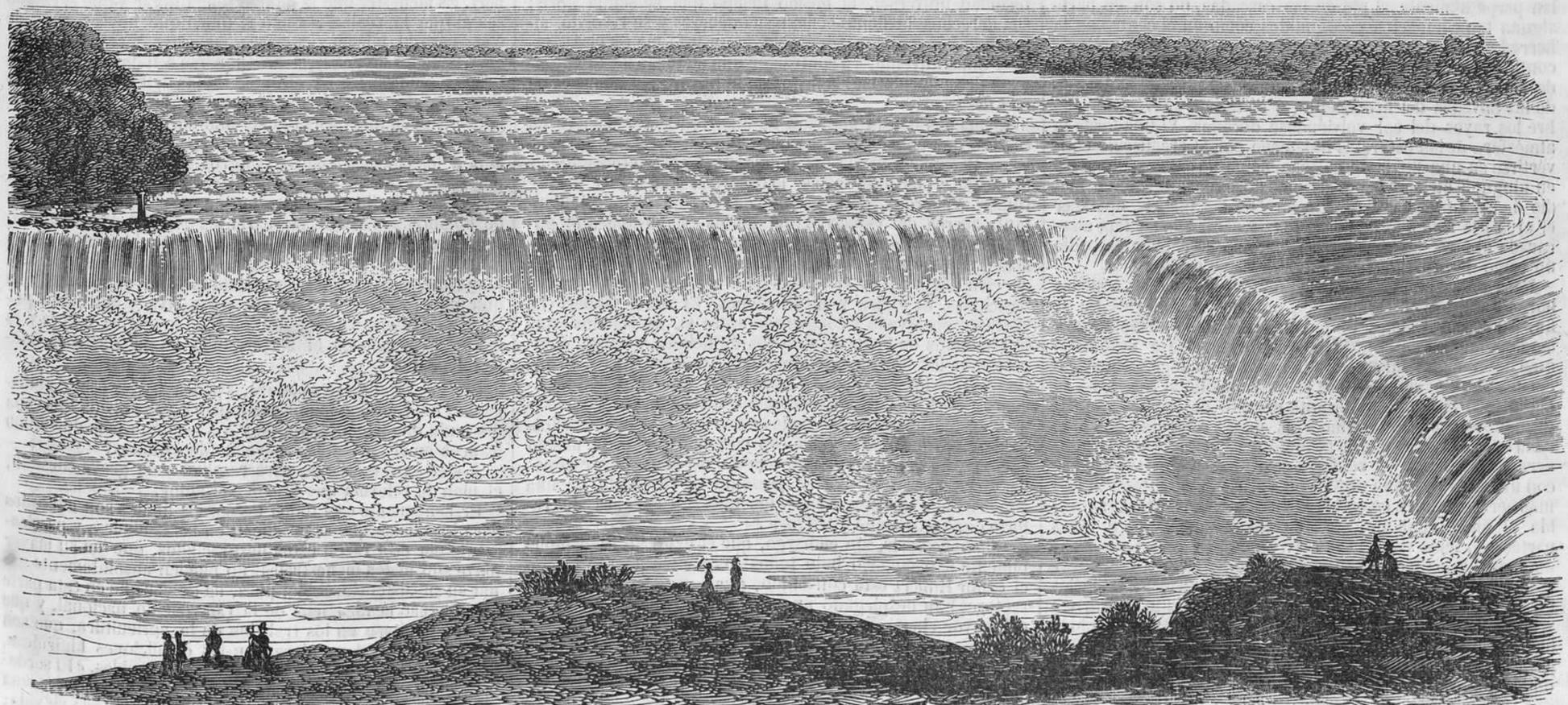
A la extremidad del puente, pasa el carril de Lewistown á Niágara, y es sin duda una nueva prueba del atrevimiento de los americanos. La empresa que lo construyó, contando al principio con pocos fondos, para economizar el capital considerable que hubiera importado la adquisicion del terreno necesario para



La farola.

el camino de hierro, trazó la línea precisamente en el borde exterior de las rocas gigantescas que encajonan el río; y hay en algun paraje de él, yo lo he visto muy bien, una hendidura, ocasionada por un hundimiento, de cerca de un pié y medio bajo uno de los carriles que atraviesa el precipicio. Ver correr los convoyes por el borde del abismo, es sobrado para experimentar una horripilacion; el ir en la imperial de los coches del camino de hierro y atravesar la fisura con la velocidad del rayo, es probar mas que se debe hasta que punto puede el hombre, cuando se trata de diversiones, mofarse del riesgo de una muerte inevitable. Los que han viajado en aquel país de algunos años acá, pueden inscribir esta nota en sus apuntes de viaje. Seguirá sucediendo lo mismo, hasta que algun convoy salte al abismo con los viajeros y la carga; pero tambien es muy posible, que al día siguiente continuase el mismo viaje, y que ocho dias despues, el camino de hierro tuviese el mismo beneficio que ántes.

Cerca del puente suspendido, hay una rampa suave por la cual suben los coches y los que van á pié al embarcadero del barco de vapor, de cuyo punto parte varias veces al día la *Hija de las Nieblas* para recorrer las dos escarpadas orillas del río, atravesar las columnas de neblina, que se desprenden de las cataratas, inundando en un momento á los viajeros como una lluvia de tempestad. Es un bautizo que se impone, por decirlo así, todo recién llegado, á quien la experiencia no ha enseñado á guarecerse cuando se acerca á la cascada Americana. Despues de haber costado muy de cerca, sigue el vapor su curso á lo largo de los bancos inferiores de la isla de Iris, y aborda á la curva de la cascada grande, luchando con sus poderosas máquinas por un momento, para mantenerse cerca de la línea de los torbellinos, pa-



La gran cascada llamada la Herradura.

sados los cuales la destrucción fuera tan inevitable como instantánea. Rodeado de un mar de espuma, conmovido hasta los abismos, se inclina, se levanta, vuelve a ceder, pero muy luego la corriente lo domina y arroja lejos con una fuerza invencible, y a cuya violencia no puede resistir, sino cuando se encuentra de la parte de abajo del camino que sube a *Clifton-House* que es en donde bajan los viajeros generalmente.

Para ir al lado de la cascada grande, se costea sin interrupción la falda escarpada del precipicio que conduce a *Table-Rock*. Los derrumbamientos sucesivos han cambiado considerablemente la forma de la meseta, en cuyo avance, según hemos dicho, por esta bóveda que conduce detrás de la cascada grande. En 1848 se desprendió y precipitó una superficie de 100 pies de largo, y de 46 de ancho, pero felizmente ocurrió durante la noche. Posteriormente han tenido lugar otros hundimientos, en 1828, 1829, y 1850, y no obstante, no se ha adoptado ningún género de precaución para evitarlos. En diferentes puntos de lo que queda aun de esta cornisa gigantesca, hay hendiduras, ó cortes profundos, y á fuer de expuesto se ven todos los días, cosa increíble, centenas de viajeros curiosos que sin cuidado se asoman al abismo, para proporcionarse una alucinación ó un trasforno.

El panorama mas completo y seductor de las cataratas se disfruta desde lo alto de la colina que domina *Table-Rock*. Desde aquel punto habria querido yo ver abismarse en las profundas simas de la gran cascada, una de las tres embarcaciones que en diferentes épocas destinó la especulación á este espectáculo de exterminio, que acudieron á presenciar de todos los puntos de los Estados Unidos millares de espectadores. — En 1837, un barco de vapor que servia para proveer á los insurgentes del Canadá, fué apresado por los ingleses á la altura de Chippewa, y entregado á las llamas por la noche, atravesó como un meteoro aquel vasto espacio de escollos que iluminaba á su paso llevando ocultos, según dicen, cinco ó seis hombres. Aquel cráter de fuego se hundió en las cataratas, y se apagó como una pavesa en el abismo de las aguas. En aquella época los horrores de la guerra excedieron con mucho los cálculos de la especulación.

De cualquier punto que se examine la gran cascada, se descubre á la izquierda de la herradura una torre aislada, como una linterna que domina el abismo en que parece que se va á desplomar. Para llegar á ella, es menester pasar la deliciosa isla de Iris, sitio fabuloso y sombrío, de tranquilidad y reposo en el desierto de las cascadas de Niágara, y bajando por el costado de la grande se atreviese un puentecillo que conduce al pié de la torre. *Prospect Tower*, á la que se honra con el nombre de faro, no obstante que no haya habido nunca en ella que yo sepa, mas luz que la de los cigarros. Es una especie de vigia de 45 pies de alto, en la que nada mas hay que una escalera de caracol y una galeria ó balcon circular de madera en su parte superior, desde donde se pueden apreciar todos los pormenores, disfrutando de la vista del punto céntrico de la herradura: la base está llena de peñascos, que el impulso de la corriente ha rodado, y poco á poco van desapareciendo en la sima. Cuando visité las cascadas habia uno enorme cubierto casi todo de agua vencido en su mayor parte hácia la sima, y para precipitarle en ella hubiera bastado el peso de un hombre; los viajeros incitándose los unos á los otros, solian entretenerse en esta imprudente competencia, que con frecuencia tenia malos resultados.

Meminisse juvabit

La torre está combatida incesantemente por los vientos, los temporales, las nieblas y los temblores subterráneos que se dejan sentir en todos los alrededores de las cataratas: la dirección del viento la destaca de la masa de vapores, ó la envuelve en montañas de nubes. Estos vapores, que velan perpetuamente al pié de las cascadas, no son en parte alguna tan compactos y extendidos como en el centro de la herradura, presentando todos los aspectos y cambiando de continuo de colores; á las veces se extienden por encima de las cascadas representando un dosel obscuro colgando de las bóvedas del firmamento, ó se mecen suavemente sobre los rayos del sol volviéndose doradas. Vi una tarde la atmósfera de las cataratas inflamada por el crepúsculo convertirse en una lluvia de chispas, como no creo pueda verse en ninguna otra parte; y algunas horas mas tarde, en medio de las fantasmas de la noche y de las nieblas, aparecer el arco iris saliendo de las ondas y ceñir con su faja anarcada al faro, en cuya base cada ola que rompía despedía un ramo de brillantes. ¡Qué horas y qué sueños!

Para toda alma en que brilla una chispa divina, aquellas horas no tienen interrupción, y aquellos sueños carecen de fin. En vano, después de muchos días de contemplación y muchas noches de entusiasmo, se dirige uno á paso lento á su habitación: durante el día como en la noche, despierto como dormido, se pertenece exclusivamente al Niágara: su gigantesco fantasma se levanta delante de la vista; su voz grandiosa habla sin término á los oídos: á medida que todo calla en rededor, el himno grandioso de las cataratas se apodera del silencio: ya retumba como una tempestad lejana, con una sola nota tan vasta como el cielo; ya entona armonías aéreas, suaves como los vientos plácidos del estío: habla al alma vigilante, arrulla los ensueños: en todas partes á lo lejos vibra la tierra respondiendo con sus sacudimientos á los movimientos de la atmósfera: se conmueve el lecho en que reposa; se pliegan los quicios, los vidrios tiemblan, y cuando, al despertar con sobresalto, se corre á ver de que parte cae la centella, se encuentra brillando el firmamento con plácidas estrellas, y que la llama de la lámpara incierta y vacilante se mueve apenas en medio de las ondas sonoras que llevan el eco de tan extraños ruidos.

Y sin embargo, de tantos vértigos y encantos tan variados, no hemos visto el Niágara en su estado primitivo y

salvaje. Aquellos que vivieron tantos siglos ántes que nosotros, aquellos solos han gozado sin restricciones ni pesares de su espectáculo sublime atravesando los desiertos y los bosques: aquellos descansaron á la sombra de troncos seculares; trasportaron á mano sus canoas de corteza al través de precipicios, sin topar á cada paso con las huellas interesadas de sus antecesores ó las insoportables necesidades y placeres de la vida. Durmieron á la sombra sin ser molestados por las dobles cifras enramadas, ni por las fechas de la vanidad, ni por las inscripciones grabadas en los árboles para enseñar á los viajeros que en aquellas playas fueron precedidos por una población de necios. Aquellos fumaron en la pipa salvaje de la paz ó de la guerra, en fin se encontraron cara á cara con la grande obra del Señor: así debia verse el Niágara; pero así no se verá jamás...

Los bosques vetustos caen bajo el furor del hacha, ó de las llamas: el arado surca las llanuras encontrando salpicados aquí y allí algunos troncos nudosos ennegrecidos, pobres vestigios de su imperio. La actividad humana, insaciable en sus conquistas, ha cubierto el suelo del Niágara de una red de caminos, de carriles de hierro y de barcos de vapor: le ha impuesto el yugo de sus puentes y la vergüenza de sus ingenios y fábricas: llegará un día acaso en que intentará robarle el curso de sus aguas, para hacer de ellas el agente humilde de su industria... y entonces el viajero medirá con vista tranquila y pié seguro las simas desconocidas, que nuestra generación contempla de lejos con horror.

Por mi parte, si el tiempo futuro hubiera de cumplir tanto prodigio, lejos de resentirme de no presenciarlo, me consuelo de no haber visto el Niágara en los siglos pasados, cuando pienso que tampoco le verá en los venideros.

BARON REGIS DE TROBRIAND.

Sobre los Sordos-Mudos y los Ciegos.

Memoria acerca del estado actual de las casas de educacion para estas clases, y las reformas que se han introducido en ellas, por el señor E. HUBERT VALLEROUX.

Si tan á menudo se invoca la fecha de 1789 por los hombres imparciales de todas las opiniones y de todos los partidos, no es solo porque entonces se inauguró la era de las grandes reformas civiles y políticas, sino porque tambien fué la señal de las mas nobles tendencias morales. Pueril seria, ciertamente, no hacer justicia completa á las edades pasadas, pero preciso es convenir en que, hasta fines del siglo pasado, las lastimosas enfermedades que afectan el alma y deprimen el físico, como la ceguera, la mudez, la sordera y la demencia no merecian sino indiferencia de la sociedad francesa, ó bien le parecian castigos providenciales de la venganza divina. Algunos eclesiásticos zelosos, inspirados por el Evangelio, sin la aprobacion de muchos de sus compañeros, manifestaban que la religion bien entendida tiene consuelos para todas las aflicciones; empero sus esfuerzos aislados, por heroicos que fueran, no obtenian resultado. Pero repentinamente en 1789, la sociedad francesa pareció adquirir nueva inteligencia, y comprender en toda su extension el concepto que encierra la palabra *humanidad*, proclamando que tantos desgraciados, que hasta entonces habian causado una repulsion estúpida, ó merecido un olvido criminal, eran miembros de esa gran familia y debian ser tratados como hijos predilectos, aunque mas no fuera, por sus desgracias y padecimientos. A los diez y ocho siglos de cristianismo, probaba la Francia en sí misma la caridad evangélica, la fraternidad universal, al mismo tiempo que se sentia libre: sus derechos le denunciaban sus deberes y se resolvió, siguiendo la expresion admirable de un informe de la Asamblea Constituyente, «á contractar una alianza, hasta entonces desconocida en los fastos de la historia, la alianza con la desgracia.»

Llamamos hoy la atencion de nuestros lectores sobre un escrito, que entre otros, ha merecido ya la de los extranjeros. Próxima á ver la luz pública una obra interesante de medicina y filosofía sobre los sordos-mudos, el doctor Hubert Valleroux ha separado de ella un estudio importante acerca del estado actual de los establecimientos públicos y privados destinados á estas dolencias, y las reformas que los mismos reclaman. Esta Memoria, que no excede de cien páginas, es el resumen de muchos años de investigaciones, de viajes y meditaciones. El señor Hubert ha visitado, observado y comparado entre sí, no solo los establecimientos de Francia, sino los de Bélgica y Suiza, compulsando los libros, examinando á los discípulos y discutiendo con los maestros. Y para tener todos los datos posibles, se ha puesto en correspondencia con los establecimientos destinados á los ciegos como con los de los sordos-mudos, porque han seguido con corta diferencia el mismo curso; y su opúsculo es una especie de estadística razonada y crítica, en la que se presenta el resultado de una concienzuda investigación, y los diferentes planes de reforma que se pueden introducir.

Conviene decir, sin embargo, que el éxito no es completamente satisfactorio bajo todos los puntos de vista, pues el señor Hubert está convenido, que generalmente, los directores han desplegado un celo y una inteligencia dignos del mayor elogio, pero que este precioso resultado ha sido coartado por los defectos y vicios graves de su organizacion, y que no se conseguirá destruir sino adoptando una reforma radical.

Nuestras grandes Asambleas, penetradas de los sentimientos mas filantrópicos, pero desconociendo los antecede-

ntes que la monarquía habia reunido sin gran detenimiento, creyeron que no existian en Francia mas que cuatro mil sordos-mudos y aun ménos ciegos, para los cuales se consideró que siete escuelas serian suficientes, y la Asamblea Constituyente las decretó. Mas despues reconoció por los estados, que el número de estos desgraciados era ocho veces mayor, pero entonces el fervor de la caridad social habia pasado, y no solo quedó la cosa en tal estado, sino que lo resuelto se llevó á efecto de un modo imperfecto. El Consulado, el Imperio y las Monarquías pasaron, y á esta fecha, habiéndose proclamado sesenta años hace, la alianza con la desgracia, la Francia está reducida á tener solo dos establecimientos de sordos-mudos y uno para los ciegos, y mas atrasada que la Dinamarca.

Añádense á estos establecimientos públicos las escuelas privadas, que tan protegidas como descuidadas por los consejos generales, tienen una existencia precaria, y se obtendrá el resultado que apenas 245 ciegos y 1,700 sordos-mudos reciben anualmente el beneficio de una educacion especial; en otros términos, y según los cálculos incontestables del doctor Hubert, cerca de tres cuartas partes de los primeros y cuatro quintos de los segundos quedan abandonados por la sociedad.

Fuera ménos sensible este resultado si los elegidos que reciben una educacion privilegiada, consiguieren todas las ventajas que debian esperar; pero hay muchas escuelas privadas que existen á costa de la caridad, y carecen de los fondos indispensables para tener un número de maestros proporcionado y hábiles como deben serlo. ¡Cuántas reformas imperiosas hay que introducir aun en las escuelas públicas! Mas para no ocuparnos sino de los sordos-mudos, podrémos decir que una infima parte de ellos es la que recibe una instruccion suficiente para entrar en comunicacion con el entendimiento de sus semejantes, para salir del aislamiento absoluto y del estado de soledad, que el abate Epée ha pintado con tan vivos colores. La misma educacion de artes está descuidada, y no se oye sin triste sorpresa que entre treinta y tres escuelas de sordos-mudos, veintitres faltan de talleres, y que solo uno entre veinticinco discípulos sale en estado de ganar su subsistencia.

¿Y quién deja de conocer, por lo que arroja este resumen, las inmensas lagunas que presentan los establecimientos destinados á los sordos-mudos? El doctor Hubert no se limita á deplorarlas, sino que propone diferentes medios para llenarlas, que por lo ménos tienen la ventaja de ser de fácil ejecucion y estar en armonía con las miras benéficas y vastas de la Asamblea Constituyente; entre ellos harémos observar los dos siguientes.

Cuando se examina de cerca la causa que paraliza en las mejores escuelas el celo mas decidido, se comprende muy luego que el defecto capital consiste en la multitud de métodos de enseñanza. Los unos, discípulos preocupados de Sicaud, no quieren proceder sino por los signos metódicos, calcados, no sobre el análisis vivo de la inteligencia, sino sobre las abstracciones pasivas de la gramática; los otros preconizan los signos naturales como la imitacion necesaria para el estudio del lenguaje por escrito ó verbal, y además entre estos dos métodos absolutos, ¡cuántos otros intermedios no existen! A esta fecha, cada una de las cuarenta y ocho escuelas de sordos-mudos que existen, tiene el suyo, y si hemos de creer al señor Esquiron, la de París goza del privilegio de adoptar muchos á la vez. ¿Quién desconocerá que esta multitud de sistemas, muy justificada cuando se trata de los que hablan, es perjudicial, es una especie de anarquía, tratándose de la enseñanza de los sordos-mudos? En este caos de lenguas y de signos, los desgraciados, lejos de acercarse á la sociedad, no pueden formar entre sí un pequeño pueblo que sea capaz de entenderse.

Para sacarlos de semejante confusion, parecida á la de Babel, no hay mas medio que el que propone el doctor Hubert. Es menester que la unidad tenga lugar y que el Estado sea el que la realice, como el único que hoy es capaz de ello; pero al mismo tiempo es menester, para obrar con conocimiento de causa, á no oponerse á todas las reformas futuras, que sea simple ejecutor de las determinaciones que se tomen, despues de muy bien meditadas y discutidas públicamente en un consejo general anuo, al que concurrirán, bajo reglas fijas, los representantes de la enseñanza especial á los sordos-mudos, y otros sabios que estuvieran por su posicion en el caso de juzgar. Este cuerpo legislativo especial, ilustrándose continuamente con la eleccion de hombres especiales, marcaria los métodos de enseñanza, examinaría los proyectos de mejora abandonados ahora á la iniciativa individual; arreglaría la oposicion sin la cual ningun maestro podria ser nombrado por el gobierno: en una palabra, seria la representacion viva y altamente poderosa de la ciencia humana, en todo lo que se refiere y es aplicable á colocar al sordo-mudo en la sociedad inteligente.

Pero el Estado, se objetará, ¿podrá hacer frente al dispendio enorme que impone este plan? ¿y se olvida que cada discípulo de su institucion de París le cuesta mas de 40,000 francos en el periodo de seis años de estudios?

A este extremo llega, para resolver esta grave cuestion, el plan de reforma que propone el autor.

Presentemente casi todos los sordos-mudos son educados para los oficios que se practican en las ciudades; y precisamente por esta razon estos desgraciados, que en su mayor parte son malos menestrales, no pueden absolutamente ganar su subsistencia. Seria, pues, de desear que en esta parte se adoptase la idea feliz de la Convencion nacional, y que se les ejercitase en los trabajos de la agricultura, que son los únicos que los colocan en las condiciones higiénicas, morales y económicas verdaderamente favorables. «El sordo-mudo, dice muy bien el señor Hubert, no es mas que una criatura inocente, cuya infancia se prolonga toda su vida; su experiencia no se debe confiar ni á la multitud indife-

rente, ni al aislamiento de las poblaciones: su puesto está en el campo y su familia es la de los cultivadores. » Así, pues, hágase la reforma que es indispensable en el sentido de estos principios; que en vez de establecimientos destinados a brillar en las grandes poblaciones con un estado mayor de empleados, se establezcan modestas escuelas de agricultura, y se conseguirán sin gran trabajo grandes economías. El ejemplo de las colonias de Mesnil San Fermin, San Iñan, San Nicolás, responde y prueba que el gasto diario de un chico puede reducirse á 75 céntimos por día, y también á menos.

Así, todas las condiciones de una educación poco costosa y útil se encuentran reunidas á la vez en el plan del doctor Hubert.

Añadirémos, y esto nos parece importante, que bajo el punto de vista superior de la inteligencia y la libertad humana, el consejo de que hemos hablado, ese poder legislativo, especial en su sistema, que organiza y dirige la enseñanza de los sordos-mudos, no podría tener sus juntas anuales sin proporcionar inmensos beneficios. ¿Cómo dejaría de provocar, recoger y coordinar una multitud de observaciones altamente importantes, no solo en el ramo tan interesante de la pedagogía, sino también para el conjunto de las ciencias filosóficas y moral que, ahora sobre todo dan tanta importancia al problema sobre el origen del lenguaje idéntico al origen esencial de la sociedad?

Bajo este concepto, principalmente, el proyecto del señor Hubert se coloca en la línea de las reformas fecundas, y para las cuales la revolución de 1789 dió los principios y la necesidad, á los que, digan lo que quieran los escépticos, y pusilánimes, el porvenir no será ingrato.

La memoria que acabamos de analizar, escrita en estilo claro, fácil, conciso, y en la que se descubre una alma energicamente sensible á las dolencias de la humanidad, ha llamado ya la atención de la prensa periódica de Bélgica. En Francia no interesará á los hombres del progreso como una lectura agradable que dura pocas horas, sino que quedará á su vista como un documento raro que se conserva, y consulta con utilidad cuando la hora de las mejoras ha llegado.

FEDERICO MORIN.

Un arresto en las lagunas Pontinas.

La Italia no es solo la tierra clásica de las bellas artes, sino que lo es también de los salteadores. Entre todos los Estados italianos, la Rumania es el país en donde la profesión de ladrón se ejerce siempre con mas audacia y mejor éxito; pero las lagunas Pontinas son la tierra de promisión, por las célebres guaridas legadas por las guerras civiles de la edad media á las generaciones modernas. Los diferentes gobiernos que se han sucedido de varios siglos á esta parte, han hecho los mayores esfuerzos para reprimir semejante género de vida, pero siempre inútilmente, pues á pesar de todo hay muchos que lo profesan á despecho de los dragones y de la policía pontifical, y casi protegido por las leyes y los defectos en la organización social de los Estados pontificios.

Antes de 1820, los salteadores que infestaban las lagunas Pontinas vivían en sociedad, tenían sus reglamentos y jefes á quienes obedecían; vivían en los pueblos de las faldas de los Apeninos, que eran otros tantos baluartes en que encontraban siempre un asilo seguro contra la incansable persecución de las tropas, y de donde bajaban para despojar á los viajeros que se aventuraban imprudentemente á pasar por la via Pia, entre Cisterna y Terracine.

Los malhechores, para evitar las pesquisas de la policía, que iba siempre á sus alcances, ejercían una profesión u oficina, por lo menos aparentemente. Unos eran posaderos, y se distinguían por su probidad y la hospitalidad patriarcal que acordaban; mas esto no les privaba, cuando la oportunidad se lo permitía, de ahogar á los huéspedes que entraban, ó se detenían en su posada ó venta: otros se ocupaban de trabajos agrícolas, ó se suponían pastores de rabaños imaginarios que pacían en las lagunas: estos servían de espías á la cuadrilla; aquellos de perdigueros, ó maestros de escuela; y por fin todos salían al camino por la noche, y se entregaban durante el día á ejercicios de devoción, edificando á las autoridades eclesiásticas con sus frecuentes ofrendas á la Virgen, y á los agentes de la Hacienda pagando sus contribuciones con la mayor exactitud. Los días de fiesta asistían á la santa misa con devoción edificante, rodeados de su mujer y de sus hijos, y al verlos tan devotos y recogidos, nadie digera que estas gentes honradas, en la apariencia, eran los mas atrevidos y perversos individuos del pueblo. La originalidad de aquellas poblaciones es tanta, que concilian sencilla y admirablemente los deberes religiosos con las costumbres de los bandoleros y asesinos.

Pedro de Calabria fué el mas caballeroso, y al mismo tiempo el mas temible de todos los jefes de ladrones que han reinado, é ilustrado, por decirlo así, las lagunas Pontinas.

Guy de Pin se hacia llamar el *mozalvete*; Arnaldo de Cervola se titulaba *el amigo de Dios y el enemigo de todo el mundo*; Paccinbourg era el *ladron insignie*; Miguel Pozza se llamó *Frai Diablo*. Pero Pedro de Calabria adoptó timbres mas pomposos que sus antecesores, y se tituló emperador de las montañas, rey de los bosques, protector de los conseriptos, y gran mediador de los caminos de Nápoles á Florencia, títulos que por sí solos prueban á primera vista el poder material de que debía disponer.

En efecto, cubría tan bien los caminos, que nadie podía transitar por ellos sin su permiso, ó sin ser visitado por él. Cuando Murat gobernaba á los napolitanos, sostenido por un ejército francés, muchos de nuestros oficiales fueron detenidos, robados y no pocos asesinados, segun el mejor, ó peor humor del rey Pedro. El correo Pablo Luis, entre otros, fué asaltado muchas veces, y dice en una de sus cartas, que se consideraba feliz cuando le dejaban las botas, cosa que parece no le sucedió mas que una vez, porque habia llovido mucho y era domingo. Sin embargo, Pedro no era muy mal príncipe, porque mediante una suma alzada, que pagaba por adelantado, obtenía un salvo conducto, con el cual llegaba sin riesgo á su destino, y hasta protegido ostensiblemente por sus prosélitos.

Fernando, rey de Nápoles, despues de su regreso al trono en 1815, no pudiendo exterminar á Pedro ni á sus cuadrillas, se resignó, durante algunos años, como lo hizo en Francia hace poco tiempo un prefecto de policía, á conciliar el orden con el desorden, y se sirvió de su cofrade de la montaña, como en otro tiempo se sirvieron los reyes de Francia de los malandrines y merodeadores que devastaban el país, formando cuerpos tan numerosos que no pudieron ser extinguidos hasta el reinado de Carlos V. El cronista Froissard, hablando de ellos, dice: « Mataron muchos señores, violaron muchas señoritas, y reunieron tantas riquezas, que no podrían calcularse, siendo tal su importancia, que pudieran bastar durante un año para cubrir las atenciones de un Estado. »

Pero muy luego los huéspedes se hicieron tan exigentes y malvados, que Fernando intentó negociar con ellos, cosa que no era fácil. Consiguio sin embargo, á fuerza de oro y de promesas grandes, separar de Pedro á su segundo y confidente, haciéndole oficial del ejército, á condicion de que cooperaría al exterminio de sus compañeros, y lo obtuvo en parte; pero el día menos pensado se encontró su cuerpo entre las peñas que rodean el castillo del Huevo, á un tiro de fusil de Nápoles, con la cabeza deshecha y el pecho acribillado á puñaladas.

Muerto Pedro poco despues, no quedó vacante por mucho tiempo su trono. Un pastor jóven de Sermoneta, ó Sonnino, empuñó su cetro, y si no lo manejó con el mismo esplendor que su predecesor, lo tuvo por lo menos con igual audacia y mas felicidad. Se llamaba Garbarone, y no tardó en ser el nuevo rey de las lagunas Pontinas. Su fuerza, reclutada de los restos de Pedro, se aumentó considerablemente con hombres depravados, holgazanes y vagabundos, tanto de los pueblos como del campo, en términos que fué en breve el terror y el azote de toda la comarca. Nadie podía transitar de Roma á Nápoles sin ser detenido y robado, á pesar de los esfuerzos de los dragones y de la policía del Papa; y llegó á tal punto su atrevimiento, que aun en las calles de Roma ejercieron sus actos de rapiña. Para evitar tamaño desorden, el gobierno pontificio se vió en la necesidad de establecer una línea de puestos militares de infantería y caballería en toda la extension de las lagunas Pontinas, y los dragones escoltaban á los pasajeros; pero sin embargo no dejaban de ser robados estos y asesinados aquellos. Semejante estado de cosas duró por algunos años; los dragones, expuestos de continuo, y el gobierno, sin hallar medios para contener tales desórdenes, hizo pensar á un expediente singular y extraño, para restablecer la seguridad en los caminos.

No pudiendo concluir con los malhechores ni alcanzarlos, se intentó un tratado de paz. Un célebre cardenal, hombre de talento y hábil diplomático, con plenos poderes, salió en comision para tratar con Garbarone y sus agentes, de quienes era preciso apoderarse á toda costa.

El cardenal *** era bajo de estatura, delgado, pero de genio vivo, activo cáustico, y gozaba de popularidad en Roma por sus modales y lenguaje original: era un hombre de raro ingenio y suma sagacidad, y aceptó este encargo con el mismo celo que otro hubiera admitido una embajada; no llevó consigo cruz ni bandera, y fué acompañado nada mas que de un sacristan rollizo en extremo, que formaba singular contraste con la fisonomía macilenta y enfermiza de su jefe.

Se estableció el cardenal en Cisterna, y envió comisionados para que se avistasen con Garbarone, y le pidiesen una entrevista, dejando á su cuidado el modo de realizarla. Lisongejado este en su amor propio, aceptó la propuesta, bajo la condicion que tendría efecto en el punto de las lagunas Pontinas que él indicaría ulteriormente, ó que uno de sus segundos haría saber solo al cardenal, cuando este se pudiese en viaje para ir al sitio de la cita.

La entrevista tuvo lugar al aire libre, y aunque Garbarone no vió desde luego la red que se le tendía, no dejó de tomar ninguna de las prudentes medidas que aconsejaba la circunstancia, adoptando todas las precauciones necesarias, para evitar una sorpresa. Preparado así, armado él y los suyos de piés á cabeza, y cargadas las armas de fuego hasta la boca, se encaminaron hácia el sitio de la cita, que debía tener lugar al pié de una revuelta perpendicular del Apenino, precisamente en una altura desde la cual se descubrían todas las sendas de las lagunas Pontinas, que solo conocían los salteadores.

El cardenal no tardó en llegar, montado en una mula, que habia puesto á su disposicion el gobernador de Cisterna, acompañado por tres hombres de la cuadrilla de Garbarone, que este habia enviado cortesmente desde muy temprano, para que escoltasen al embajador del Santo Padre. En el momento que se apeó el astuto cardenal, todos los malhechores, el mismo Garbarone y los demás jefes que tenía á sus órdenes, se adelantaron y echaron á los piés de Su Eminencia, que no dejó de ver con sorpresa tan buenos cristianos entre tan mala gente. Se sentaron en la yerba, seca por los ardientes rayos del sol de julio, á la sombra de algunas frondosísimas encinas.

Como gentes entendidas y que conocían lo que el tiempo vale, los preliminares fueron breves y entraron desde luego en materia, pero con tal laconismo por parte de los bandidos, que sorprendió altamente al cardenal. Se explicaron por ambas partes con una franqueza ruda, y las condiciones establecidas por Garbarone en nombre de todos sus secuaces, fueron las siguientes:

1º Completa y absoluta libertad, garantida para cada uno, fueran los que quisieran sus antecedentes.

2º Un peso fuerte de pension al día para Garbarone, medio peso para cada uno de sus jefes subalternos, y seis reales de vellon para cada uno de los demás hombres que tenía á sus órdenes.

3º Finalmente, perdon y absolucion general de todos los crímenes que habian cometido desde su niñez, y remision de todos los pecados por los cuales la justicia divina y humana podían hacerles cargos y aun llevarles al suplicio.

La libertad, la pension y el perdon de los crímenes fueron concedidos despues de una discusion animada; mas para engañar mejor á los salteadores, el cardenal se manifestó inflexible con respecto á la absolucion, que no se les podía conceder sin que antes hubieran hecho penitencia pública. — Estaban tan manchados de crímenes! Por otra parte, añadió, que el Papa le habia autorizado para conceder las tres primeras cláusulas, pero que sobre la cuarta nada se habia tratado... que era necesario esperar de la bondad de Su Santidad la absolucion que imploraban aquellas buenas gentes, — que nada desean tanto, replicó Garbarone, como la enmienda y entrar en el camino de la virtud, aun algunos cansados y disgustados de una vida tan azarosa y criminal, tienen la intencion de entrar en el claustro.

Al oír este apóstrofe del bandolero, estuvo el cardenal á punto de soltar la carcajada; pero su fisonomía tranquila como si fuera de mármol, no dió indicio de lo que experimentaba, al contrario, parecia oír con suma atención los proyectos místicos de aquellos personajes, y siguió escuchándose con las órdenes que habia recibido. Garbarone se sostuvo y declaró, levantándose bruscamente, que nada concluiría sin tener ántes la promesa formal y sagrada del cardenal de que los artículos del tratado serán cumplidos fielmente.

Y Su Eminencia, para salir del compromiso, propuso un término medio que le pareció que podría conciliar la conclusion, y dijo, que era preciso referirse á la bondad y clemencia del Papa; que él seria con mucho gusto el abogado de su causa con la sola condicion de que toda aquella gente se dividiria al momento en dos partes iguales, una de las cuales, á las órdenes de Garbarone, iria á Civita-Vecchia, y la otra, á las de su segundo, se dirigiria á Ancona.

La absolucion, añadió, os alcanzará allí á todos, y las pensiones os serán pagadas exactamente. Y usted, Garbarone, debe conocer que para restablecer la seguridad en las lagunas Pontinas y la confianza de los viajeros, no puede permanecer en las montañas, ni tampoco ninguno de sus amigos.

— Sin duda, dijo Garbarone.

— Antes de todo es menester dar al Papa pruebas de confianza y de arrepentimiento, y la mejor de todas, en mi opinion, es que os conformeis con el consejo que os doy y que partais en seguida.

— Comprendemos perfectamente, eminentísimo señor, que en cambio de una pension, de la vida y libertad que nos concedis, y mas que todo la absolucion que nos prometis, debemos dar absolutamente al Papa una prueba positiva de nuestro arrepentimiento sincero; pero ¿quién nos da la garantía de que el tratado se cumplirá?

— Mi palabra cardinalicia me parece que debiera bastaros; mas no quede por esto; voy á daros por escrito lo que os prometo.

Hizo el cardenal que escribiese su sacristan los cuatro artículos propuestos por Garbarone, que firmó y selló, y los entregó al jefe de los bandidos, haciendo siempre la misma reserva con respecto á la absolucion.

A la voz de su jefe, todos los indultados besaron la mano al cardenal, y en seguida, uno en pos de otro, todos depusieron las armas á sus piés en testimonio de sumision, indicaron las guaridas que les servian de asilo, y prometieron salir al día siguiente para las dos ciudades que les marcaban para su residencia.

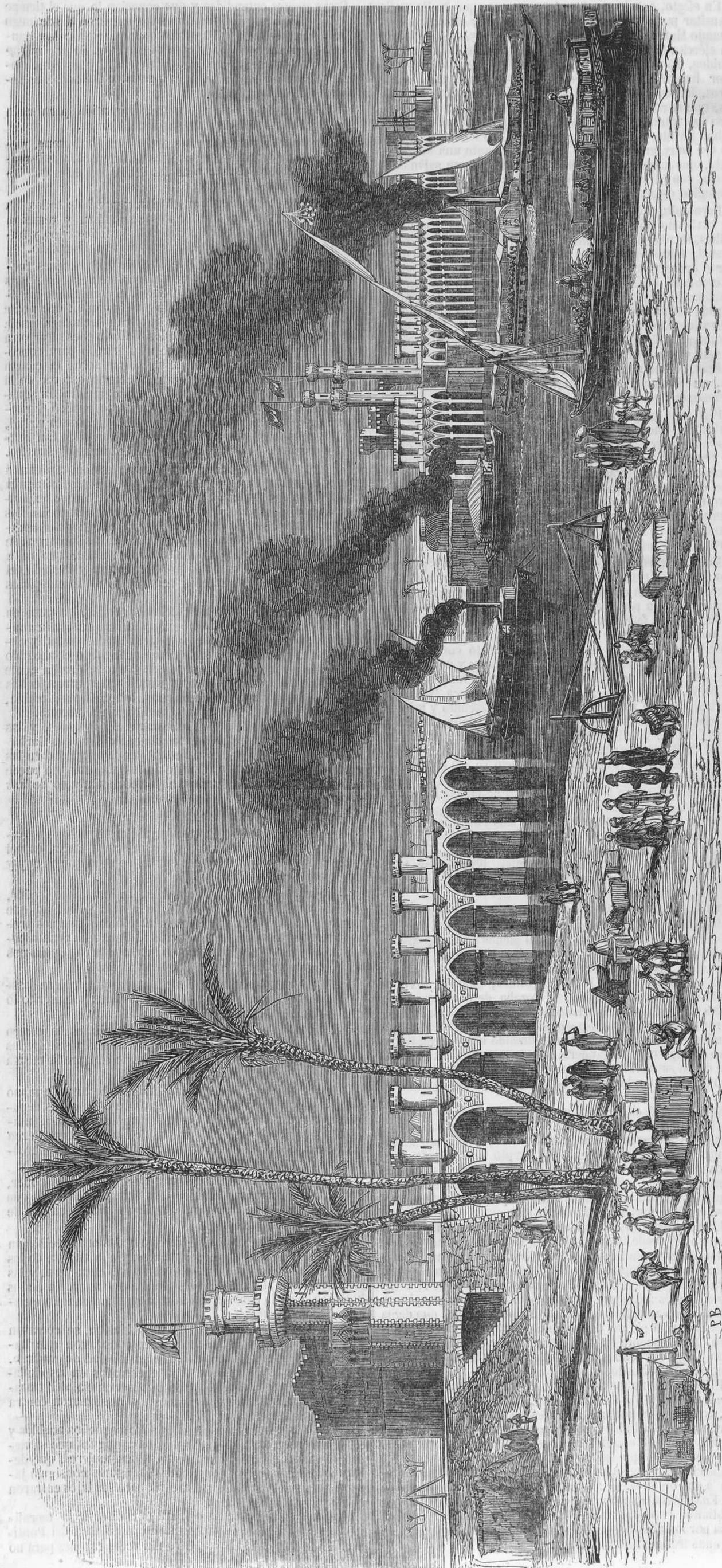
Del mismo modo que todos los que usurpan el poder, Garbarone debia pasar también días aciagos: pensaba que la abdicacion de su reino era voluntaria cuando en vez de eso habia sido deshecho.

Las autoridades de Civita-Vecchia y Ancona recibieron del gobierno las órdenes consiguientes, y á la llegada de los destacamentos de bandidos, salieron á su encuentro, y los recibieron con la urbanidad obsequiosa tan propia de los italianos, y de la cual se sirven con maestría cuando quieren engañar al enemigo.

Apénas estuvieron dentro de la poblacion, se cerraron sus puertas, y cuando los indultados conocieron que habian caído en un lazo, no tenían la posibilidad de evadirse. Cercados por todos lados, fueron encerrados en las ciudades, y por mas que invocaron la observancia del tratado, la sagrada palabra del cardenal, y blasfemaron contra el cielo, su suerte no cambió.

Pocos días despues se deshicieron los pequeños pueblos y se demolieron todas las casas y ruinas antiguas que sirvieron de ciudadela á los bandoleros, y sus mujeres, que debían seguirles, fueron diseminadas; ninguna consiguió jamás el permiso para reunirse á ellos, pero sus hijos entraron en los hospicios de Roma.

Seguramente que nadie opinará por discutir la moralidad de un tratado que comprometia la palabra del Pontífice. Leon XII, de la Genga, tuvo mil veces razones para no



Presa del Nilo. — Vista de la Roseta durante el descenso de las aguas.

respetar semejante tratado en toda su extension, ó por lo ménos en todo aquello que podia comprometer la seguridad pública; y si la libertad que se les ofreció fué una quimera, sus cabezas fueron respetadas, á pesar de estar manchados de crímenes horrendos, y sus pensiones pagadas siempre con la mayor religiosidad.

He visto á Garbarone en la ciudadela de Civita-Vecchia, viviendo rodeado de unos veinte de sus compañeros muy mal encarados, únicos restos de su gran cuadrilla, y sobre los cuales reinaba todavía como autócrata. Se ocupaba como los demás en hacer calceta y gorros de algodón, que por cierto vendia muy caros á los extranjeros que obtenian permiso para verle. Nunca he visto una cabeza de hombre mas bella ni mejor colocada en un tronco musculoso mas perfectamente delineado en todas sus partes, ni de una flexibilidad mas elegante y extraordinaria. Era de estatura aventajada, y se presentaba con desenvoltura, pero sin afectacion alguna. Sus ojos grandes, negros, un poco hundidos, tenian una expresion muy notable: inyectados ligeramente de sangre y con pequeños puntos negros en la esclerótica, ofrecian en algunos momentos cierta dureza: sus grandes párpados muy poblados de pestañas largas y suaves como la seda, cubrian la mitad del globo del ojo cuando no queria dejarse penetrar: su frente espaciosa, su nariz aguileña, sus labios delgados y muy poco coloridos, daban á su fisonomía el carácter de ave de rapiña: sus dientes agudos, finos y blancos como el marfil nuevo, tenian una colocacion perfecta, y su empaque imponente daban á todo el conjunto de su persona, cuando se sonreía, un aspecto feroz; á pesar de que en aquella época habia engruesado y estaba pesado, porque hacia veinte años que vivia encerrado, al considerarle se experimentaba una impresion, que sin ser miedo ni horror, puede asegurarse que participaba de ambas cosas. Cediendo al deseo de uno de mis compañeros de viaje, procurador en Paris, le pregunté « si el Papa le concedia la libertad, ¿á qué se dedicaria siendo todavía jóven? pues tenia cincuenta y un años; á lo que me respondió con sencillez: « ¡Oh! ahora no soy temible, pues tengo duras las piernas, y para nada sirvo; me haria fraile; me retiraria á un convento para orar y pedir á Dios perdon de mis crímenes. »

(Se continuará.)

La presa del Nilo.

MUY SEÑOR MIO:

Cediendo al deseo que usted me manifiesta, le dirijo un dibujo de la presa del Nilo, obra colosal que durará entre los monumentos del antiguo Egipto como modelo de las artes modernas, transmitiendo por sí mismo el sello del atrevimiento y de la utilidad.

Cuando se ve el Nilo semejante á un mar con su oleaje y tempestades, desaguando 40,000 metros cúbicos por segundo, no puede dispensarse al observador de un sentimiento de admiracion al considerar que este caudaloso rio, libre en su curso hasta nuestros dias, va á recibir el yugo que le impone una mano potente que moderará sus aguas impetuosas, y las aplicará á las necesidades de la agricultura y del comercio.

Era necesario para esto el ingenio audaz de Mehemet-Ali, único que podia, despues de Napoleon, concebir un proyecto tan gigantesco y llevarlo á efecto contra el parecer de sus ministros, de sus cortesanos, que lo consideraban como una locura, á pesar del parecer de los europeos que lo declaraban como imposible, y de la oposicion de algunos diplomáticos que no lo veian con buenos ojos. Cierto es que Mehemet-Ali tenia á su servicio un ingeniero francés de carácter resuelto, y que sabiendo que no son las artes, sino los hombres los que son impotentes por su ignorancia, estudió con empeño y sin descanso todos los recursos que ofrece el arte y supo emplearlos con habilidad.

Habia, pues, todas las probabilidades de un buen resultado, y el pensamiento de este proyecto grandioso, completamente francés, estaba destinado á recibir su ejecucion de la mano de un ingeniero tambien francés. Sin duda habia en esto muchos títulos para excitar la envidia y la intriga, porque la influencia francesa con el Virey, haciéndose lugar con obras de la mayor utilidad pública, exenta de toda idea egoísta, debia sin género de duda aumentarse y sobreponerse á todas las demás influencias que se le oponian.

Se dió principio á la presa ó barra, sin otro apoyo, por decirlo así, que la voluntad de Mehemet-Ali y la firme resolucion del ingeniero; pero cuando el Delta, que era un desierto cubierto de malezas, de zarzas y espinos, habitado por serpientes y atajos de javalies, que durante la noche rondaban en rededor de las tiendas de los empleados, se hubo poblado como por encanto de magníficos almacenes, talleres y hornos; y el vapor desplegaba sus maravillas á la vista de los egipcios, haciendo ladrillo, preparando la puzolana, mezclando la argamasa, aserrando los troncos, sacando las aguas, abriendo el lecho del rio y otras mil operaciones, entónces cesaron todas las oposiciones subrepticias, y los poetas árabes cantaron las glorias de Mehemet-Ali y el triunfo de las artes sobre las aguas del Nilo.

El 9 de abril de 1847 puso Mehemet-Ali la primera piedra con grande aparato y ceremonia en presencia de todos los dignatarios de su religion que entonaron los cánticos análogos sobre la sangre de cincuenta búfalos sacrificados en el mismo sitio segun las antiguas costumbres, de los cónsules de todas las naciones y de los altos funcionarios públicos, que el virey habia convidado. Tambien asistieron á la funcion los quince mil hombres de tropa que estaban destinados á la ejecucion material de esta grande obra, y por la noche tuvieron una comida que seguramente aventajó mucho á la de las bodas de Camacho. La cocina tenia una extension de cinco enhegadas de tierra, ocupada por

trecientos cocineros y galopines de cocina, que asaban los carneros y los bueyes enteros, colocándolos en parrillas colosales, mientras en unas calderas verdaderamente fabulosas cocían una porción de materias desconocidas: hubo fuegos artificiales, iluminación, pailes árabes, volatineros argelinos, completando aquel espectáculo extraordinario, varias pirámides de marroquíes.

Esto es lo que respecta á la escena; ahora vamos á explicar la utilidad de la obra.

Los trabajos del campo están divididos en dos grandes categorías ó clases. La cultura de invierno que comprende los cereales, el trébol, el lino y otros frutos, tienen para su abono la inundación natural del río que se verifica durante el mes de setiembre; pero los frutos del verano, que son los mas productivos, cuales son el algodón, el añil, la caña de azúcar, el sésamo, etc., como se dan precisamente en la época que las aguas del Nilo están bajas, es forzoso hacerlas subir por medio de máquinas; de lo que resulta que la cultura de estas producciones se hace sumamente costosa y reduce mucho la extensión de terreno productivo. Mehemet-Alí quiso elevar la superficie del río á una altura considerable por medio de la presa á fin de que las aguas se extiendan durante el verano y favorezcan el cultivo de las plantas propias de la estación en una extensión

mayor, de modo que el cultivo artificial dé resultados proporcionados á los que da el natural favorecido por la inundación. Por otra parte como el río no estando dirigido ocasiona algunas veces inundaciones demasiado abundantes, que causan desastres; y otras demasiado cortas que originan escenas (porque en Egipto no hay cosecha en donde falta el agua), porque son insuficientes para que la tierra se empape lo necesario, la presa evitará todos estos inconvenientes, y asegurará á todo el bajo Egipto hasta el Cairo la necesaria cantidad de agua de un modo regular.

Este es el objeto que se propuso Mehemet-Alí, y que hubiera conseguido si hubiese vivido algunos años mas. La presa, como la concibió Mougel-Bey, que es el ingeniero que dirige los trabajos, consiste en dos puentes colocados á la cabeza del Delta, el uno en el brazo de Roseta y el otro en el de Damietta, unidos por un muelle curvo de 1500 metros de largo, formando por este medio un espolon para dividir las aguas del río. Desde un extremo al otro de la presa, hay media legua de distancia, río arriba, ocupada por las aguas del Nilo, que presentan en este punto un ad-

cir resultados durante mucho tiempo. Es muy de suponer que el ingeniero que fué olvidado por su gobierno, hallará cerca del Virey actual la justicia y honores que le son debidos por su talento y la energía y perseverancia que ha desplegado en esta empresa, que inmortalizará la memoria de Mehemet-Alí, y de su nieto Abbas-Pachá, al paso que hará la felicidad del Egipto.

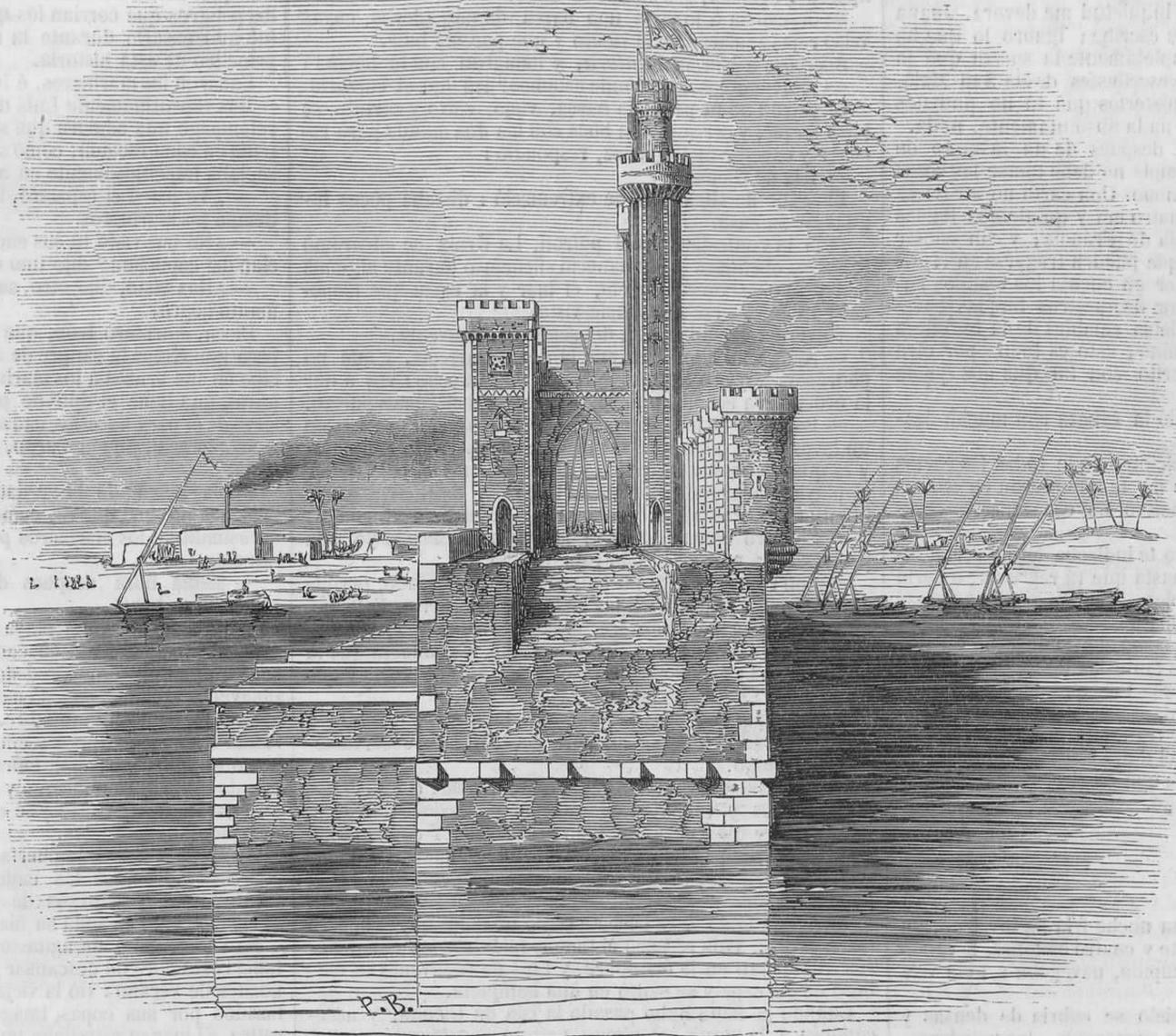
Reciba usted las seguridades de mi consideración distinguida.

Presa del Nilo 6 de octubre de 1852.

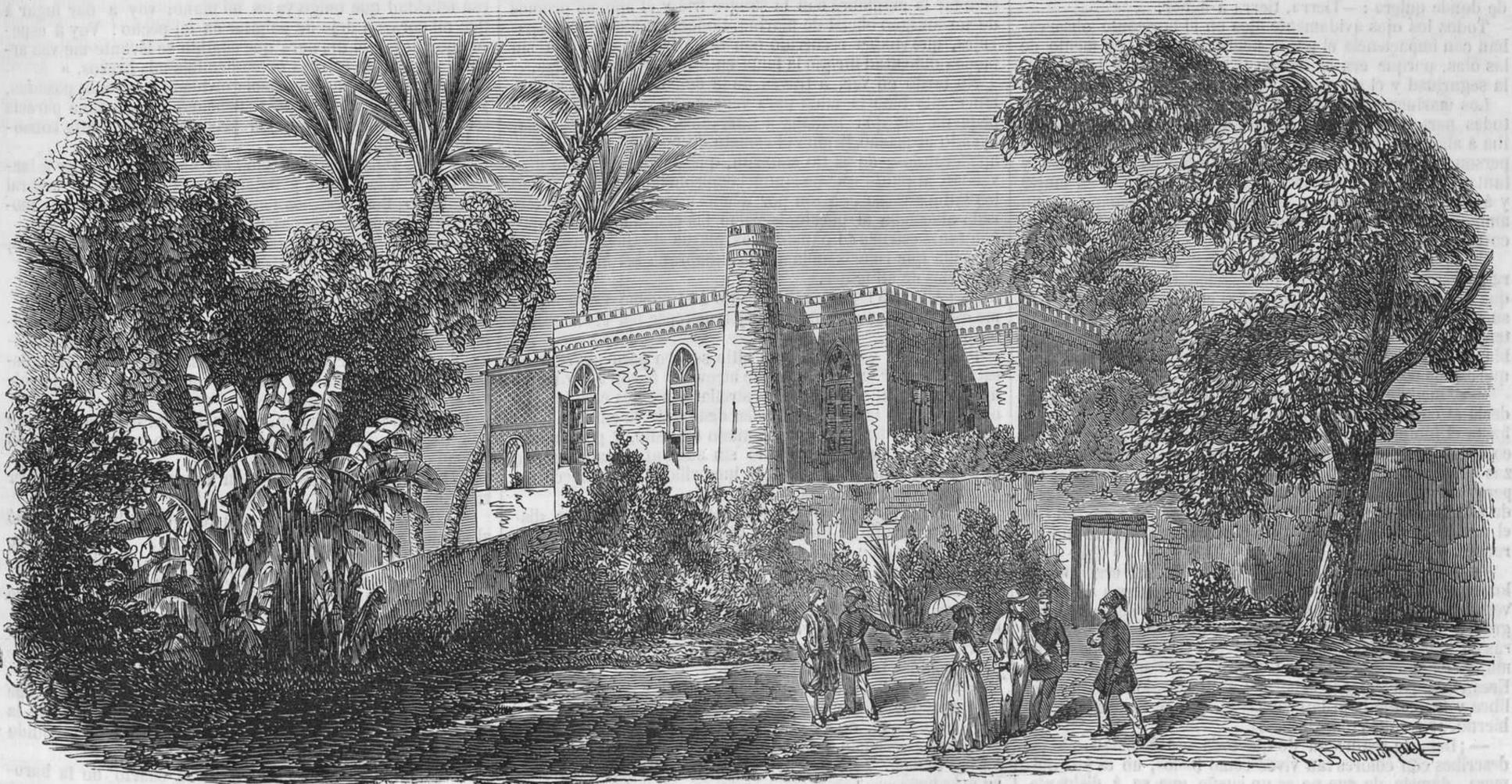
mirable golpe de vista. Tres canales de 100 metros de ancho tienen sus presas mas arriba de la principal, y su destino es conducir las aguas aglomeradas en el bajo Egipto. Uno de ellos atraviesa el Delta, otro la provincia de Alejandria y el tercero la provincia del Este que separa la Siria del Egipto.

El dibujo que acompaño demuestra el estado en que está actualmente el puente establecido en el brazo de Roseta: tiene 475 metros de largo, un arco en seco de 15, y una esclusa de 12 de abertura para el paso de las barcas. Incluyo tambien los dibujos de una de las puertas del arco y de la casa que habita Mougel-Bey y su familia, que hace seis años fué construida en terreno inculto. Los árboles del primer término y la pared de verdura que circunda el jardin, dan una idea de lo que es la vegetación en este país, en donde no es extraño ver el termómetro de Reamur á 35, 36 y hasta 39 grados á la sombra y al Norte.

Por consideraciones de política extranjera, Abbas-Pachá, ha detenido los trabajos, y no quiere concluir por ahora mas que las mamposterias de los dos puentes; pero la obra está en disposición de sufrir todas las pruebas y fertilizar las campiñas, y puede creerse que mas tarde ó mas temprano se terminará, porque una idea buena y útil puede encontrar obstáculos; pero no queda abandonada y sin produ-



Presa del Nilo. — Puerta de la Arcada de la Marina en la elevación de las aguas.



Cercanías del Nilo. — Casa del director de las obras.

Luis de Glenvenez.

NOVELA.

(Conclusion, véanse los núm. 4 y 4.)

— ¡Oh! amigo querido, la inquietud me devora. Juana hace quince meses que no me escribe; ignoro lo que ha sido de ella, y desconozco completamente la suerte que la ha cabido. En la carta que me escribistes desde San Maló, me suponías iniciado en los misterios que tú no pudistes penetrar. Pues bien, nada sé, nada absolutamente, nada.

— ¡Vaya! replicó Le Groix despues de un instante de reflexion, un hombre de tu temple no debe tomar las cosas en ese sentido: ánimo, Luis, ánimo. Una carta no atraviesa como una bala el espacio de cuatro mil y quinientas leguas que separa la Bretaña de la Isla de Francia; y sin contar las ballenas y los tiburones que pueden tragarse en el camino al cartero, es preciso tener en cuenta los vestidos encarnados que rondan en rededor de nuestros buques como ejércitos de cocodrilos. Los billetes amables de la baronesa han sido confiscados en el camino; esto es todo; por otra parte, ¿qué nos importa lo escrito con tal que nos quede la mano que lo escribió?

El señor de Glenvenez sacudió la cabeza con mucho desconsuelo, y contestó:

— Pero aceptando la suposicion de que todas las cartas fueron interceptadas, ¿porqué no te admitieron en el castillo? ¿Cuál puede ser el motivo de esa austera clausura?

— ¡Qué sé yo! Acaso, como te indicaba en mi carta, algun mago la tiene encantada hasta que tú regreses; ó seria la elegancia, la rusticidad, ó bien... ¿quién puede adivinar todos los caprichos de una dama desocupada y fastidiada! ¿La cabeza de una mujer no es como el caleidoscopio en que se suceden sin interrupcion las fantasias de todos colores?

Despues de una larga conversacion, que duró hasta muy tarde, se separaron los dos amigos; mas el señor de Glenvenez, aunque lejos de quedar tranquilo con respecto á su familia, admitia en su corazon el dulce sentimiento de la esperanza, gracias á la influencia que en él ejercia el raciocinio y las reflexiones de su amigo.

V.

Cinco meses despues, en una noche fria de invierno, un buque ligero, armado con veinte y cuatro cañones, llevando á popa y proa una pantera esculpida, navegaba á toda vela hacia las costas de Bretaña.

El viento era violento, el cielo se cubria de densas y amenazadoras nubes, y el mar engrosaba; los voladores, golondrinas del Océano, que anuncian la tempestad á los navegantes, como sus hermanas la lluvia y la tempestad en tierra, rasaban silenciosas la superficie de las olas, mojado de tiempo en tiempo sus alas ligeras en la espuma, y bandadas de hermosas aves con las suyas contornadas de fajas negras, volaban presurosas en todas direcciones para guarecerse al abrigo de las rocas.

Todo presagiaba uno de aquellos temporales terribles, que los marineros llaman chubasco, mas á pesar de todo, el puente estaba cubierto de una sociedad alegre; porque se acercaba al puerto, y la vigia acababa de dar á los marineros que estaban hacia tanto tiempo ausentes de sus familias, privados de todos los placeres del alma y de la vida, aquel grito que les conmueve siempre tan profundamente, salga de donde quiera: —Tierra, tierra á babor.

Todos los ojos ávidamente fijos en el horizonte observaban con impaciencia el punto negro que salia en medio de las olas, porque era al mismo tiempo la patria, la familia, la seguridad y el descanso.

Los marineros se vistieron con lo mejor que tenían; por todas partes se hablaba del regreso, del puerto á que se iba á abordar, del país á que cada cual se retiraria, de las personas á quienes verian despues de tan larga ausencia y tantos trabajos. Unos nombraban á su madre, á su mujer y á su hermana; otros á su padre, á su hermano, á un amigo; todos los pechos se dilataban al acercarse á las costas de Francia.

Un solo hombre parecia no participar de la alegría general, y este era un pasajero, precisamente Luis de Glenvenez, que paseaba á grandes pasos sobre el puente hablando con su amigo Le Groix, pero sus ojos que parecian querer interrogar al horizonte se enternecian, al paso que su semblante descolorido y sospechoso denunciaba la inquietud de que estaba poseído.

— A medida que nos acercamos á esa tierra tan deseada, decia al corsario, me parece que aumenta mi tristeza, y hasta el júbilo de estos buenos hombres me impone, y no comprendo como el hombre puede concebir tantas esperanzas despues de tantas ilusiones malogradas. ¿De todas las personas que los marineros han nombrado, cuántas dejarán de acudir á la llamada! Los viajeros deben temerle todo en el momento de su llegada; la muerte, el olvido, la indiferencia.

— Pero ciertamente, repuso Le Groix, tú eres uno de los que ménos debe temer en ese sentido. Madama de Glenvenez es jóven y su corazon no ha dejado de ser tuyo. ¡Ingrato! ¿quieres que te compadezcan cuando lo que hallarás en todas partes serán envidiosos? Posees la mas linda mujer de nuestra provincia y la mas amante y cariñosa. Eres rico, porque sus bienes se han salvado; vas á estar libre y tranquilo bajo la proteccion que te acuerda el gobierno. ¿Necesitas todavía mas?

— Dame la seguridad de que toda esa felicidad que me describes con colores tan vivos como bellos, no es una quimera, dámela de que no es un sueño que va á disiparse,

para imponerme todas las tristes impresiones de una verdad dolorosa!

— Para que tengas esa seguridad, única cosa que te falta, segun tú mismo lo confiesas, no necesitas mas que algunas horas de paciencia: y en esto dijo el capitán de la Pantera, echando la vista en la direccion por donde debía aparecer la costa, ¿en dónde estamos?

Se descubria á lo lejos una barca de pescadores, cuyas velas rojas zamarreaba el viento y que parecia huir.

Acercóse á ella la Pantera, y llamaron con la bocina:

— ¡Hé! amigos, ¿en dónde estamos? les dijo el corsario.

El patrón de la pequeña barca, viejo, calvo y curtido, se puso en pié, y cercandole su boca con las dos manos para recoger y expedir mejor la voz, respondió:

— Isla de Glenan.

El señor de Glenvenez se estremeció: distaba pocas leguas de su casa.

Oida la contestacion del patrón, Le Groix se encaramó sobre los obenques y permaneció silencioso durante algunos instantes observando el cielo, el mar y la costa que empezaba á distinguirse á la simple vista.

Volvió en seguida cerca del señor de Glenvenez.

— Amigo, le dijo, creo que el tiempo arrecia, y que no podremos llegar á Lorient antes de medianoche: voy á dar la orden para echar el ancla, y mañana tomaré puerto.

— Eso será lo mas acertado, Carlos. Por mi parte, solo un favor he de pedir á tu incansable amistad para conmigo; y es que me confies una falúa y algunos hombres para ganar la playa. Pasar toda una noche tan cerca de Glenvenez sin intentar llegar allá, es imposible; ¡ya me entiendes, amigo!

— Si, pero estas costas, tú lo sabes mejor que yo, son peligrosas, y además el mar está movido.

— Con respecto á mí no tengas el menor cuidado, porque soy antiguo conocido de las olas para temerlas. Este pequeño tránsito me recordará, al contrario, los mejores momentos de mi juventud, y por otra parte, ya conoces que la inquietud está en mi corazon como un gusano roedor que me devora. Es preciso que me vaya.

— Vete, pues, y Dios te guie, dijo Le Groix, demasiado acostumbrado á los peligros para hacer nuevas observaciones á su amigo.

Dió los órdenes para echar la falúa al mar, é indicó los mas diestros y valientes que habian de acompañar á su amigo, entre los cuales fué Ivon el primero. Y cuando todo estuvo dispuesto, se despidieron los dos, dándose un adios recíproco, y ofreciéndose verse dentro de ocho dias en el palacio de Glenvenez.

Alejóse la falúa de la corbeta como un chico que se separa de su madre. Ivon se puso al timon, mientras los compañeros trabajaban en la maniobra, y Luis de Glenvenez se embobó en su capa y se sentó en una banqueta.

Cuando la falúa hubo pasado la isla de Glenan, y acercándose á la costa, el viento arreció considerablemente, y el oleaje era tan fuerte, que se llevaba la débil embarcacion. El cielo estaba cubierto, aunque algunas veces se iluminaba por los relámpagos; y á lo lejos se oia el rugido que causaban las olas al estrellarse contra las rocas de la punta del Pouldu.

Reinaba en la barca el mas profundo silencio. La noche y la proximidad de la tempestad imponian seriedad á aquellos hombres alegres regularmente y siempre intrépidos. Solo Ivon habia tomado la palabra para contar un episodio del tiempo que fué carcelero en Nantes, concluyendo que preferiria perecer en el Océano á morir en el Loira, porque le parecia mas glorioso ser devorado por los tiburones que comido por los solos.

El baron no tardó en salir de su distraccion, y empezó á mandar la maniobra con la sangre fria y el aplomo propios de un antiguo oficial de marina. Conocia tanto aquellos pajes, que habia recorrido con tanta frecuencia, que sin mucha dificultad dirigió la falúa en medio de las tinieblas.

No tardó en ver, á través de la densa niebla, en un balance que hizo la falúa para vencer una ola inmensa, una pequeña luz que brillaba á intervalos como una estrella, oyendo al mismo tiempo el embate de las olas en las rocas, apoderándose de él tal emoción, que le embargó y le hizo vacilar, al punto que se sintió comprimiendo con la mano los latidos de su corazon por demás conmovido. El desterrado abordaba al puerto, porque las olas que oia romper con tanto estruendo bañaban las playas de Glenvenez, y la lucecilla que relucia en la niebla alumbraba las habitaciones solitarias de su mujer.

— ¡Allí está! ¡allí está! se dijo á sí mismo fuera de sí: me espera. Dios mio, no me dejes perecer por el exceso de mi júbilo.

Pero no se encontraba un sitio seguro para abordar, y estando el mar tan fuerte, no se atrevia el baron á arrimarse mas á la costa, temeroso de estrellarse en los escollos. La obscuridad no le dejaba tampoco distinguir la entrada de la bahía, que le habria proporcionado un asilo, y permaneció cuatro horas en el mismo sitio sin adelantar nada, dando largas bordadas, incitándole la inmovilidad de la lucecilla á hacer mayores esfuerzos para arribar.

En fin, favorecido por la claridad de un relámpago, distinguió un grupo de pinos que habia á la entrada de la bahía, precisamente en el mismo sitio que se embarcó para la Isla de Francia, y dió orden á Ivon de gobernar en aquella direccion; pero aterrado el marinero, no obedeció, indicándole con el dedo y levantando un poco la voz, dijo: ¡Un espectro! ¡un espectro! Era una sombra que parecia deslizarse sobre las olas. Los demás marineros exclamaron en los mismos términos no ménos sobrecogidos.

— Sois tontos ó cobardes, gritó el señor de Glenvenez: ¿qué entendéis decir con vuestro espectro?

— ¿Pues qué, no ha visto usted el espectro precursor de la muerte? exclamó Ivon, santiguándose muchas veces al mismo tiempo. ¿No oye usted voces lamentosas que lloran en esos peñascos?

— He visto un pescado, marsopola ó gaviota que corria entre las olas, y nada mas; y con respecto á las voces que ois, no es otra cosa sino el ruido que resulta al romper las olas en los escollos, ó en los escalones de la escalera del Diablo.

En efecto la falúa no distaba sino algunos tiros de fusil de aquel sitio así llamado de su construccion singular y de los peligros que corrian los que fueran tan temerarios para intentar pasarlo durante la noche, segun hemos dicho al principio de esta historia.

Callaron los marineros, é Ivon volvió al timon.

Mas repentinamente Luis de Glenvenez vió á la luz de un relámpago una sombra que subia por la escalera, y se detenia en cada escalon, como si luchara contra el viento que soplabá impetuosamente en aquellas rocas de granito.

— ¿Ve usted el espectro, lo ve usted? gritaron al mismo tiempo los marineros.

— ¿No has visto tú sus encendidos ojos como resplandecian del capuchón? dijo uno de ellos.

— ¿Has visto, dijo otro, su velludo cuerpo á través de su manto negro?

Dicen, murmuró Ivon, que el espectro no tiene dientes, pero que chupa la sangre de los naufragos. El espectro recibe en sus brazos á los marinos cuando caen al mar, y aseguran que tiene el don de prolongarles la vida, y que se sirve de él para hacerles padecer mas.

— Silencio, dijo el baron, el espectro es un contrabandista.

Habia adivinado la verdad: El mismo no lo supo jamás, mas sea lo que quiera, como su explicacion no carecia de verosimilitud, los marineros parecieron admitirla sin repugnancia.

— Media hora despues de esto encalló la falúa en la arena de la bahía.

Saltó el baron en la playa y corrió hácia el castillo, que estaba enterrado en la obscuridad de las tinieblas, sin que se distinguiese en los alrededores mas que los palos de los pinavetes aislados, en los cuales bestia el viento produciendo un murmullo lúgubre. Cuando el desterrado hubo salido del bosque hueco y entrado en el cercado, se le avanzó un perro guardian ladrando; pero aquel animal inteligente no bien se le acercó y olió, reconoció en él á su amo ausente hacia tres años y se calló, siguiéndole silencioso y haciéndole mil caricias.

Antes de llamar á la puerta quiso el baron dar la vuelta á la casa y recorrer las calles y el prado, y lo verificó á favor de los relámpagos de la tempestad que estaba en aquel momento en toda su fuerza, y fué á la esplanada.

Se sentó, lleno de agitacion, en el mismo banco en que tenia costumbre de descansar con su esposa en las serenas noches de verano: vió la vieja higuera y los dos pinos enlazados por sus copas, imágenes gratas y familiares de su retiro. El mar se estrellaba impetuosamente bajo sus ojos, pero en aquel momento ¿qué le importaba ya el furor del Océano? Pisaba el suelo natal y se encontraba en el nido paterno: todo lo que le rodeaba le era caro y propicio. Con un rasgo de imaginacion consideró los años de su expatriacion, sus largos viajes, sus trabajos, sus fastidios, las tempestades, los combates, y al recorrerlos gustó el gozo de volver á empezar una nueva vida.

Por la ventana del piso principal, por aquella ventana que fuera tantas veces el marco de la pareja amorosa, vió la pequeña luz que resplandecia con mayor fuerza.

— Allí está ella despierta, ó dormida; pero desde ahora todavia: hé aqui la cuna de Olivier. ¡La encontraré mas bella despues de tan larga separacion! ¡Caro hijo, qué grande me parecerá! No quiero abandonarme repentinamente á esa felicidad que tengo ya en mi mano; voy á dar lugar á que mi corazon deje de palpar en mi pecho! Voy á esperar que llegue el día para que cuando se levante me vea arrodillado en esta terraza extendiéndola mis brazos.

El señor de Glenvenez habia olvidado sus penas pasadas, y á la vista de aquella casa silenciosa y cuya alma parecia ser la luz que se veia en el primer piso, se sentia consolado y tranquilo.

— ¡Oh, Dios mio, Dios mio! exclamó acercándose á largos pasos á la puerta y bajándose para besar el umbral de granito; Dios mio, os rindo humildes gracias. Este momento dichoso recompensaria mil años de padecimientos.

Levantó la mano para coger el cordon de la campanilla, y despues dudó como un chiquillo.

— No, la perturbaria en su sueño apacible, se dijo.

Pero no pudo ya contenerse y tocó.

El ruido de la campanilla renovó en aquella mansion silenciosa los ecos adormecidos, y su sonido se fué propagando de corredor en corredor hasta perderse á una distancia misteriosa: ladró un perro en lo interior y todo volvió á quedar en silencio.

El baron, que estaba en una exaltacion delirante, esperó con impaciencia inexplicable que alguno respondiese á su llamada.

A los cinco minutos abrieron muy despacio y sin hacer ruido.

— ¿Quién está ahí? gritó una voz que el baron conoció al momento.

— Soy yo, replicó con voz baja, soy yo, Daniel, soy yo, amigo mio, es tu amo Luis de Glenvenez.

— ¡El señor baron! repitió la misma voz que concluyó en su profundo sollozo. ¡Oh, Jesus, Dios mio!

Se abrió la puerta al momento y se cerró despues de entrado el Castellano: y el perro que quedó de la parte de afuera dió entonces un aullido prolongado.

El criado no decia una palabra, pero si el señor de Glenvenez hubiera podido ver su fisonomia á la luz de la lanterna que llevaba en la mano, se habria sorprendido de su palidez cadavérica.

— Daniel, amigo, llévame luego al cuarto de la baronesa. Dormirá sin duda...

— Sí, duerme, respondió el anciano criado sin detenerse.

— ¿Y Olivier está guapo? ¿ha crecido? ¿piensa alguna vez en su pobre papá?

— El señor Olivier es un excelente chico, señor baron: será el consuelo de usted durante su vida.

— Daniel, ¿con qué tono lúgubre me dices eso!

No obstante, el baron había llegado ya á la puerta del dormitorio de su mujer é hizo el ademán de llamar.

— Voy á despertarla, pero me perdonará, ¿no es verdad? Un pobre desterrado merece alguna indulgencia.

Llamó en efecto, pero nadie respondió; repitió y sucedió lo mismo.

Sobresaltado y fuera de sí el señor de Glenvenez, se volvió hácia el criado, que había dejado la linterna en el suelo y se tapaba la cara con las manos.

— ¿Qué significan esas lágrimas, Daniel! habla, ¿alguna nueva desgracia me está todavía reservada? ¿Madama de Glenvenez no está en casa?

Daniel prorumpió en un amargo llanto.

Y en el acto el desterrado abrió bruscamente la puerta del cuarto.

Ardía un cirio colocado sobre una mesa puesta al lado de una cama, en la que veía una mujer tendida y cubierta con un velo; su rostro tenía la palidez de la cera, y sus facciones la imponente inmovilidad de la muerte.

Acercóse el baron al cadáver, y sorprendido dió un horrible grito:

— ¡Está muerta!

— Sí, señor baron, muerta hace ya mas de dos años: el cuerpo fué embalsamado por el médico del castillo, el señor Sauvot; y el alma está en la gloria.

— ¿Pero porqué no me lo comunicásteis?

— La señora ántes de expirar exigió de nosotros el juramento de que ocultáramos su muerte á todo el mundo, para no comprometer la vida y los bienes de su hijo.

— ¿Y en dónde está, qué es de Olivier? dijo el baron inmutado y descolorido como la muerte.

— Aquí, señor baron, aquí.

Daniel guió á su amo á una espaciosa alcoba inmediata al cuarto de dormir, y se paró delante de una cama de pequeñas dimensiones á cuya inmediación había otra mucho mas grande.

Allí dormía Olivier plácidamente con el sueño de la inocencia al lado de su ama.

— ¡Hijo mio! ¡hijo mio! exclamó el baron inclinándose hácia su hijo para llenarle de besos amorosos; ¿con qué ya no tienes madre?

Olivier abrió sorprendido sus grandes ojos, y sin reconocer á su padre, levantó su dedito para decir como en otro tiempo al corsario:

— Chiton, que mamá duerme.

Se volvió á acostar, se movió y se durmió otra vez.

Cuando amaneció estaba Luis de Glenvenez desmayado en un sillón, y Daniel á su lado cuidadoso y silencioso.

A los ocho días de esta escena lúgubre y sentimental llegó Le Groix al castillo de Glenvenez, é informado de todo lo ocurrido fué á ver á su amigo, á quien halló sereno, pero su mirada triste denunciaba una desesperacion incurable.

— Ya lo he comprendido todo, dijo el baron al corsario; esta madre heroína ha querido que su sombra velase sobre su hijo, y á fin de que sus bienes no fuesen confiscados como pertenecientes á un emigrado, encargó que se ocultase su muerte cuidadosamente á todos sin excepcion de personas. Temió además mis inquietudes, y no quiso excitarme á un regreso peligroso llamándome cerca de sí: vivió como un ángel y una santa, y murió como una buena madre.

— Animo, ánimo, dijo Le Groix; pues madama de Glenvenez se ha legado un grande ejemplo que seguir, así tambien tú debes combatir para defender la cuna de Olivier.

— ¿Quién? respondió el baron; ¡yo! solo pido la muerte.

E. DE LACHAUX.

Revista literaria.

Por uno de esos contrastes comunes en la historia de la humanidad, el siglo XIX, tan revolucionario en las instituciones políticas, tan mudable, tan dudoso en su eleccion, es uno de los mas reaccionarios, de los mas retrógrados en el vasto campo de la literatura, tomada esta en su mas lata significacion.

Dudamos nosotros, si entre los siglos precedentes ha habido uno solo que haya emprendido con mas vigor, ni con mejor fortuna, el descubrimiento y estudio de los escritos, y los monumentos de la antigüedad mas remota. Y de estas investigaciones no están exentas, ni la historia, ni la literatura, ni la filosofía, ni la teología, ni las lenguas, ni las artes, nada de cuanto constituye el rico patrimonio de la inteligencia humana, que se pretende ordenar en una sucesiva y no interrumpida historia, desde los mas remotos tiempos hasta nuestros dias, para que sirva juntamente de estudio y enseñanza á las futuras edades, que no han de des-

deñar, al ménos entre otras de utilidad mas incierta, la rica herencia con que quiere dotarlas el presente siglo.

La literatura contemporánea francesa podrá ser de escaso mérito, y si la mancomunidad de las letras es tan universal, como hombres distinguidos en ellas la juzgan, la literatura general del siglo XIX podrá ser de escaso mérito, segun vamos diciendo, no obstante que la cuestion no está aun resuelta, porque algo hay que oponer á tan severa sentencia; pero al ménos no se dirá que no suple con una actividad acaso exagerada, lo que falta en bondad con un número excesivo de producciones. Pero comencemos por señalar á nuestros lectores algunas publicaciones nuevas de libros, que por no serlo, no son ménos interesantes para los que quieren conocer los clásicos antiguos y modernos, y penetrar por ellos en el espíritu de civilizaciones que se pierden ó se alteran cada dia que pasa mas visiblemente, y en la historia de la marcha del espíritu humano, á través de las mutaciones, que si alguna vez lo han torcido y perturbado, nunca han sido bastante poderosas para detenerlo en sus útiles y fecundas faenas.

Empecemos por hablar de los buenos libros que son debidos á los profesores de esta universidad de Paris, que responde de esa manera con trabajos concienzudos y obras importantes á las acusaciones que tan injustamente se la dirigen hace mucho tiempo. ¿Puede la Universidad responder de otro modo á los ataques que se le dirigen? Si ciertamente, sacando buenos discípulos; pero preciso será convenir en que los buenos libros no perjudicarán á su empresa. En efecto, jamás, en ninguna época ha puesto la Universidad mayor celo, ha hecho esfuerzos mayores, investigaciones mas perseverantes, jamás se ha dedicado á la enseñanza con un espíritu tan clásico, digámoslo así, como en la actualidad.

Los profesores de la Universidad son quienes preparan las ediciones que diariamente se hacen de los clásicos de la antigüedad; ellos los comentan, los anotan, los traducen, y encuentran métodos ingeniosos para facilitar su inteligencia y popularizar su gusto. Comencemos hoy dando cuenta de algunas de estas publicaciones reservándonos el continuarlas en nuestros números sucesivos.

M. Feugere, profesor de retórica en el Liceo de Louis-le-Grand ha hecho una edicion de las «*obras selectas de Estéban Pasquier, (œuvres choisies d'Etienne Pasquier.)*» Etienne Pasquier, jurisconsulto, nació en Paris en 1529, y se hizo notable defendiendo en un pleito á la Universidad contra los jesuitas, á quienes trató muy duramente, y con quienes tuvo en lo sucesivo controversias muy violentas. Sus obras principales son: *Estudios sobre la Francia. Pláticas de los príncipes y sus cartas.* Pasquier es uno de los precursores de la grande escuela literaria que ha fijado en Francia no solamente la lengua, sino el buen gusto. Como escritor, merece ser estudiado; como magistrado, tiene grande importancia; su vida, por otra parte, mezclada en los acontecimientos mas notables de su tiempo, la última mitad del siglo XVI, está llena de lecciones de toda especie.

— M. Teodoro Guiard, profesor del «Liceo Carlomagno» ha hecho una traduccion en verso del teatro completo de Sófoles, *Theatre complet de Sophocle*, seguida de los fragmentos de sus dramas perdidos. Esta obra no puede apreciarse mas que por el cotejo del texto original con la traduccion. M. Guiard, como él mismo lo dice, ha escrito á la *antigua moda*. Ha escrito lenta y concienzudamente. Ha puesto sobre el yunque una vez y otra su pieza no concluida, y la ha deshecho y rehecho muchas veces. El estilo es puro, el ritmo sostenido, el movimiento de la frase es poético. ¡Pero traducir á Sófoles! «¡Yo quisiera, decia M. Villemain, yo quisiera ver un poeta que conservara fielmente y renovara aquellas bellezas sencillas... Yo quisiera oír versos franceses, sencillos y naturales, y que expresaran todos los rasgos de aquella fisonomía griega!» Se trataba de la salida de Isméne en el *OEdipe á Colone*.

— Tácito es otro justador, como lo llamaba Juan Jacobo Rousseau, que rompió con él algunas lanzas, aunque con poco éxito, lo cual no impide que las traducciones de Tácito sean tan numerosas como las de Virgilio. M. Lucien Leclair, suplente en la Universidad, acaba de intentar la de *Agrícola*. Es un ensayo que anuncia cierto vigor de espíritu, y un gusto por la antigüedad que no desalentaremos nosotros.

— El Estudio moral y literario de las Epistolas de Horacio *Etude morale et litteraire sur les Epitres d'Horace* es obra tambien de un profesor de la Universidad, Mr. J. A. Estienné, y una de esas obras de paciencia excepcional que practican los hombres dedicados al estudio y á la reflexion del gabinete. El comentario de Mr. Estienné es de

aquellos que hacen pensar al mismo tiempo que ofrecen un agradable entretenimiento. En su libro se hallan cosas que podrian agradar á todo el mundo, á los frívolos, tanto como á los hombres reflexivos.

Estos son los traductores que han adquirido el gusto de la antigüedad en la Universidad, y que, por decirlo así, han enseñado y traducido á la par. Pero fuera de la Universidad hay otros que se entregan tambien á trabajos análogos. M. Bon le Camus, por ejemplo, conocido ya por una traduccion de Horacio, publica ahora una *traduccion de Anacreonte* muy agradablemente versificada. M. Louis Langlois ha entresacado de *Cátulo, Galo, Propencio, Tibulo, Ovidio, Maximiano, Petrarca y Juan Segundo* un ramillete, por decirlo así, de sus mas bellas flores, reuniendo los perfumes mas delicados. M. Langlois, como M. Bon le Camus, es uno de esos eruditos que consagran sus ocios al estudio de los clásicos antiguos, y que hacen servir la experiencia del mundo que los negocios les ha dado á la inteligencia de lo pasado.

— M. Amedée Fleury ha traducido á Aristófanes. Su traduccion del *Plutus* es un trabajo vigoroso y original. Todos saben que el *Plutus* de Aristófanes es una sátira contra los utopistas, á quienes devora la fiebre perniciosa del *bienestar universal*, como lo dice con mucha gracia el mismo traductor. Por aquí se ve que la obra de M. Amedée Fleury es una obra de circunstancias. Pero su trabajo merece sobrevivir á las circunstancias y á los peligros pasajeros de la sociedad francesa, que espíritus malintencionados ó pusilánimes han podido exagerar, tanto mas, cuanto que la utopia de la *distribucion igual de las riquezas* es vieja y eterna como el mundo.

Añadamos á esta lista de aficionados inteligentes de las letras antiguas el nombre de M. Redanès Saint-Remy, que ha traducido las *Poesías de Safo*. Y no contento con traducir á Safo, ha querido rehabilitar la fama un poco sospechosa de la célebre poetisa. Safo, en su opinion, fué una excelente madre de familia, una verdadera matrona de Mitilene, muerta en su lecho, y la roca de Lencates una chanza de muy mal gusto. Poco interesa por otra parte para la reputacion poética de la *décima Musa*, como se la llamaba en su tiempo, la rehabilitacion de su vida privada, intentada otras veces, y no sin éxito. Sea como quiera, el autor ha hecho algo mas, pues despues de haber traducido escrupulosamente las odas de Safo, tituladas *Himno á Venus*, y la oda á *la Amada*, que todos conocen, ha aumentado lo auténtico con fragmentos laboriosamente reunidos, y ha hecho con ellos odas enteras. M. Remy se ha revelado en este trabajo como un helenista hábil y consumado, y por esta razon merece muy bien la atencion de los amantes de la antigüedad.

Deseosos de poner en conocimiento de nuestros lectores lo mas notable de las publicaciones diarias que la prensa de Paris nos dá con tanta frecuencia y tan periódicamente como si se tratara de los papeles que la política ofrece con mas frecuencia y mayor extension cada vez, tantas son las exigencias de los hombres y sus necesidades intelectuales, materiales y morales, y tantas las de la industria, las artes y el comercio, nosotros nos limitamos á hacer ligeras observaciones, en vez de juicios criticos que exigirían mas espacio que el que ofrecen las columnas de un periódico semanal.

Descripcion del bordado.

1. Cuello mosquetero, bordado inglés, y llamado calado de tul.
2. Guarnicion de paños de altar en aplicacion. Dibujo de un efecto admirable y de fácil aplicacion.
3. Punta de pañuelo en aplicacion.
4. Manga pagoda. Bordado inglés.
5. Cuello de niño con bordado inglés.
6. Ondas para muselina en plumetis.
7. Guarnicion para pantalon de niño.
- 8 y 9. Guarnicion de manga, mitad plumetis, mitad inglés.
10. Guarnicion de volante de caraco en punto de feston y punto de pliegues.
- 11 á 20. Letras y nombres con bordado al plumetis y al feston. Para hacer estas letras se usa algodón nº 40 á 120, segun el lujo y complicacion del bordado.

Ascension aerostática.—Fenómenos de óptica.

La Academia de Ciencias ha recibido del señor A. Launoy, en una de sus últimas sesiones, comunicacion de una nota relativa á varios fenómenos observados por él en su ascension del 2 de diciembre último. Hé aquí la nota, que, entre otros hechos desconocidos hasta ahora, refiere el que forma el objeto del grabado correspondiente á este artículo.

«De dos años á esta parte he hecho una serie de ascensiones, con el fin exclusivo de dedicarme al estudio tan interesante de los fenómenos atmosféricos, y de los hechos que á ellos se refieren en el punto mismo en que se producen. No habia sido aun tan feliz para realizar una de mis experiencias en la estacion precedente, en la que el estado atmosférico presenta un campo mas variado para las observaciones de esta clase, pero habiéndome presentado la ocasion de hacer una ascension importante en el globo el *Napoleon*, dirigido por el señor Luis Deschamps, aeronauta, he podido recoger varios hechos muy extraños, y de los cuales nadie ha tratado hasta el dia.

» He observado que á la altura de 4,300 metros, punto medio de la gran capa de nubes, reinaba en nuestra circunferencia una obscuridad muy notable, y que el termómetro que marcaba 6 grados y 7 décimos, habia bajado en aquel momento á bajo 0.

» A los 4,600 metros encontramos una nueva capa de aire y pude probar un hecho curioso: es que la parte superior del globo estaba luchando en una corriente muy fuerte, que sopiaba del Este, al paso que la parte inferior se hallaba empeñada en otra corriente que venia de Oeste-noroeste, posicion en que permaneció por mas de un segundo, bajo la presion de las dos corrientes opuestas, y plegando visiblemente en dos sentidos contrarios.

» A pesar de todo, seguimos ascendiendo, y á los 2,000 metros descubrimos el sol, en cuyo instante se

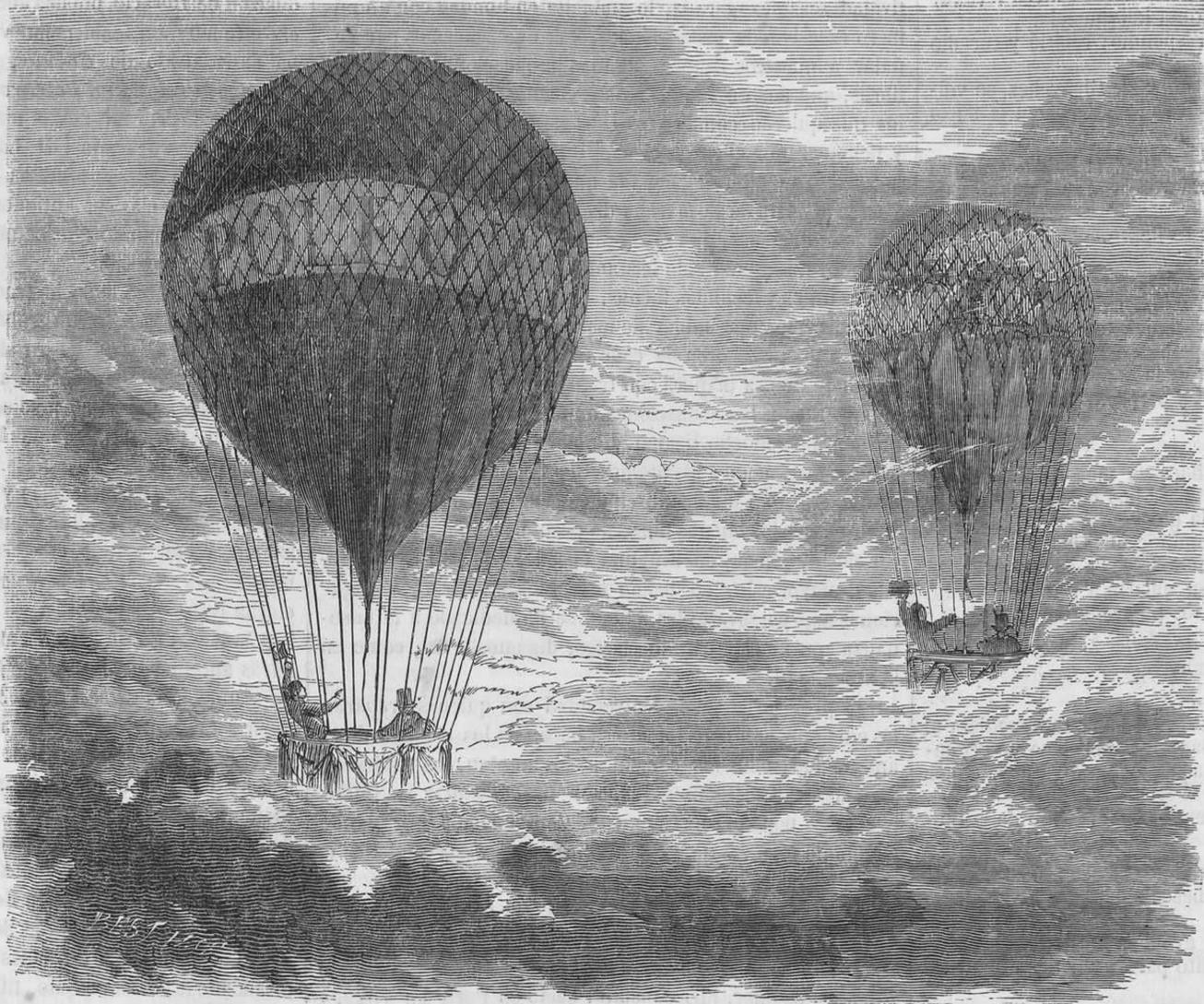
presentó á nuestra vista un espectáculo sublime.

» Eran las 40 y 29 minutos; reinaba en la atmósfera un silencio completo; la superficie de las nubes se extendia á nuestros piés, formando una dilatadísima curva, en cuyo centro estabamos nosotros, y en sus extremidades se levantaban grandes nubes mucho mas elevadas que las otras, limitaban el horizonte. Al observar en rededor, vimos, con

cion instantánea del hidrógeno, ocasionada por el calor del sol, observamos entónces, que la misma imagen se elevaba como nosotros. Es inexplicable la sensacion que experimentamos al considerar este fenómeno óptico, tan nuevo para nosotros, y que duró cerca de seis segundos. Dilatado nuestro gas, nos remontamos con una velocísima electricidad á la altura de mas de 3,000 metros, y en ella el espectáculo era magnífico: las nubes que se extendian á lo léjos, se asemejaban á un mar glacial en que deslizaban los rayos luminosos.

» Pero, á medida que subiamos mas, estos nos presentaban una superficie cada vez ménos convexa y que poco despues nos pareció plana; y noté que mientras que nuestro globo era impelido en la direccion de O.-S.-O., las nubes de la capa superior, cedian á una corriente contraria. Durante todo el tiempo que estuvimos encima de las nubes, permaneció el termómetro en los 12 grados, y despues bajó y varió desde 4 á 9 grados. En lo demás de nuestra excursion no hemos observado mas fenómenos que los ya conocidos. Para todas nuestras observaciones, nos hemos servido de excelentes instrumentos de Lerebours y Secretan.

» De lo que acabo de exponer resulta que, los hechos mas notables que he observado en esta experiencia aerostática, además del fenómeno de óptica y de el de acústica, son, la variacion frecuente de la temperatura de la atmósfera en esta estacion del año, y el mucho número de corrientes, las cuales á pesar del cambio de direccion, tambien muy frecuente, obedecian á



Fenómeno de óptica observado en una ascension aerostática.

grande admiracion, como á distancia de 4,200 metros, reproducida exactamente la imagen de nuestro globo en una de las dos nubes, y en las cuales reflejaban los rayos del sol.

» Nos levantamos al momento para abrir la válvula y dar salida al gas, para evitar los efectos temibles de la dilata-

ciertas leyes generales y constantes.»

A consecuencia de esta comunicacion, la Academia, á propuesta del señor Flourens, uno de sus secretarios perpetuos, ha nombrado una comision para que haga un informe sobre las observaciones del señor Launoy, y la componen los señores Thenard, Dumas y Faye.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

Paris—Typ. Blondeau, calle de Petit Carreau, 32.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION.

Este periódico sale á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda: uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES.—PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana.....	12 pesos fuertes	Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacífico.....	15 pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba.....	15 " "	Para Valparaíso, Santiago de Chile, S. Francisco de California y el Paraguay.....	16 " "
Para Puerto Rico.....	13 50 macuquinos	PRECIO DE SUSCRIPCION PARA LA REPUBLICA MEXICANA	
Para el interior de la Isla de Puerto Rico.....	18 50 " "	PARTE POLITICA, LITERARIA E ILUSTRADA REUNIDAS.	
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme.....	42 pesos fuertes	Para Veracruz y Tampico.....	20 " "
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes).....	14 " "	Para Méjico, Puebla, Jalapa, Córdoba, Orizaba.....	22 " "
Para la provincia de Cumana.....	12 75 " "	Para el interior de la República Mexicana.....	29 " "

NOTA.—No se admiten suscripciones á este periódico sino por semestres, principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripcion se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepcion alguna.

Los suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de transporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES:

Lóndres.....	MM. SIMMONDS.	Cobija.....	MM. ARTOLA y C ^a .	Puerto Rico.....	MM. J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ.
Nueva York.....	— Eug. DIDIER.	Demerara.....	— Richard HAYNES.	Quito.....	— ALFONSO PRIEUR.
La Habana.....	— ROUSSEAU LANGWELT.	Guatemala.....	— P. J. LOSS.	Río Hacha.....	— J. Manuel GOENAGA.
Arica.....	— BILLINGURST y TAYLOR.	Guayaquil.....	— ALFONSO PRIEUR.	San Francisco (California).....	— MASSEY, FINANCE y C ^a .
Arequipa.....	— J. María REÑDE CASTRO.	Laquayra.....	— A. M. MOLLEJAS, casa de los Sres. LAGRANGE y ENGELKE.	Santo Domingo.....	— D ^r MORINGLANE.
Asuncion (Paraguay).....		Lima.....	— JOSÉ MACIAS.	Santa Marta.....	— Manuel ABELLO.
Buenaventura.....	— VASQUEZ CÓRDOVA.	Maracaibo.....	— P. CASAU.	San Juan de Nicaragua.....	— JEAN MESNIER.
Bogota.....	— SIMONNOT.	Matanzas.....	— F. DEVILLE.	Santiago de Cuba.....	— FELIPE LAY.
Buenos Ayres.....	— CLARMONT.	Maturin. (Cumana).....	— P. BAUPERTHUY.	Santiago de Chile.....	— PASCUAL EZQUERRA y GIL.
Id.....	— LUCIEN y C ^a .	Monpos.....	— J. M. PEREIRA.	San Tomas.....	— BENEDETTI.
Caracas.....	— J. C. CORBIN.	Méjico.....	— BOIX, BESSERER y C ^a .	Tacna.....	— CÁRLOS BASADRE.
Id.....	— Emile PHILIP.	Montevideo.....	— A. LAS CAZES.	Tampico.....	— A. DELILLE.
Cartajena.....	— H. P. DE LA VEGA.	Panamá.....	— SMITH y C ^a .	Trujillo del Perú.....	— ANDRES ARCHIMBAUD.
Cali.....	— J. María CAÑADAS.	Popayan.....	— RAFAEL IRURITA.	Valencia.....	— Achille LETTERON.
Ciudad Bolívar.....	— THIRION.	Porto Cabello.....	— RAFAEL ROJAS.	Valparaíso.....	— PASCUAL EZQUERRA y GIL.
Cunana.....	— A. PESQUERA.			Vera Cruz.....	— JUAN CARREDANO.